

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 843.

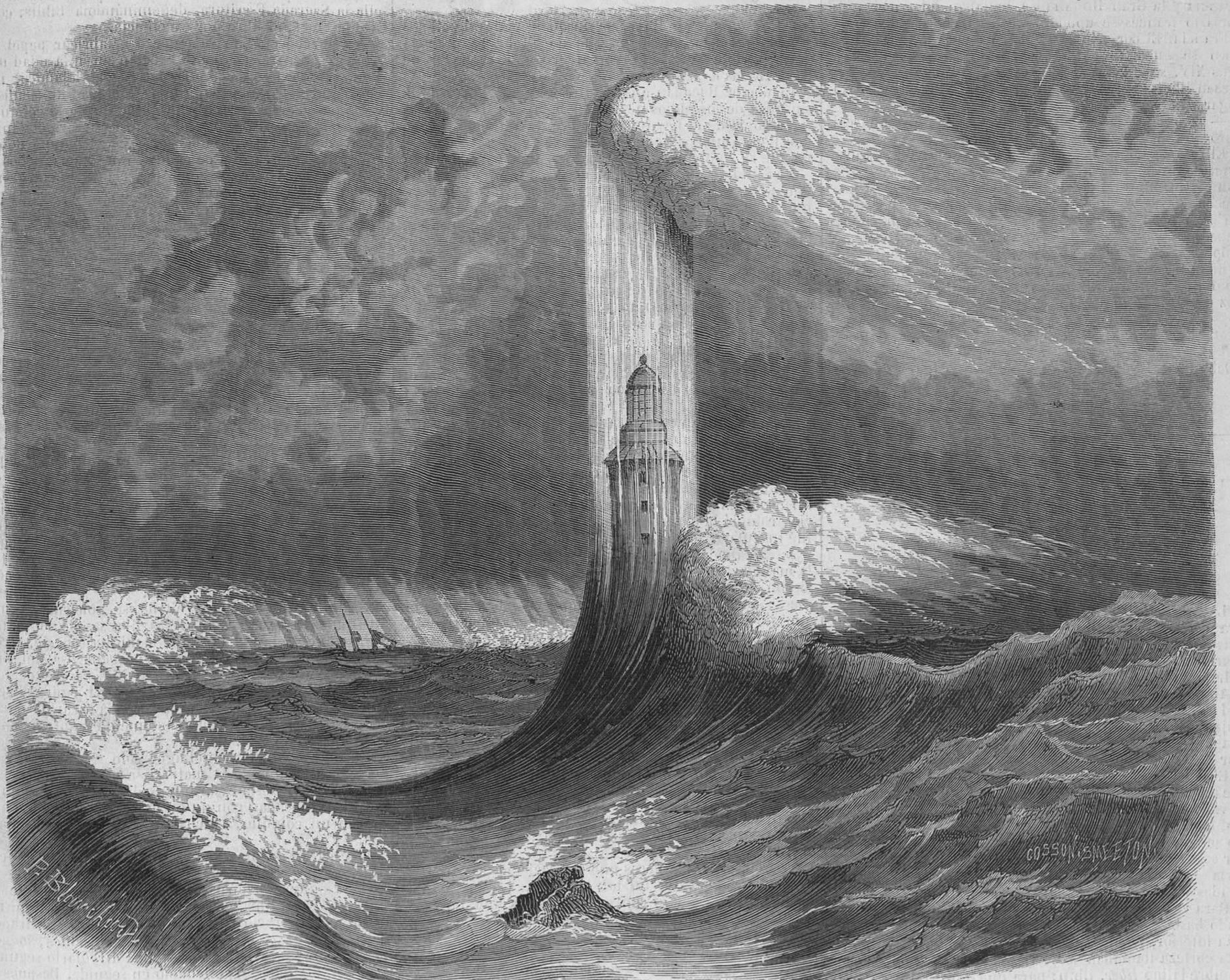
Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

El faro de Eddystone; grabado. — Historia de la imprenta. — Sucesos de Oriente; grabado. — La princesa Bacciochi;

grabado. — Revista de París. — El parque de Montsouris; grabado. — El castillo de Vivier; grabado. — El Voluntario; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Díaz. — Funeral de S. A. Mataio Kekuanoa; grabado. — Las nuevas

adquisiciones del Jardín de Plantas de París; grabado. — Los paseos de París; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — La cañonera francesa « el Obus, » botada al agua en el Gabon; grabados.



INGLATERRA. — El faro de Eddystone al frente de la bahía de Plymouth.

El faro de Eddystone.

Estos últimos días se había esparcido el rumor de que una tormenta había destruido el faro de Eddystone; pero no ha sido así, afortunadamente, pues si hay faro que haga grandes servicios es el de Eddystone. Situado á muchas millas de la costa inglesa señala á los navegantes los numerosos arrecifes á flor de agua sobre uno de los cuales se eleva, y muestra la entrada de la bahía de Plymouth. Otro interés existe en su conservación: es la primera torre que el hombre haya edificado en plena mar, en plena tormenta, como un desafío arrojado á los demonios de la destrucción, y que haya resistido tanto tiempo. Eddystone se construyó en 1759.

Viendo á lo lejos cómo se destaca la torre orgullosa y solitaria de en medio de un círculo de espuma, se comprende bien la etimología del nombre dado al escollo que la sirve de base: *Eddy* significa torbellino. Pero de cerca y examinando su estructura, es cuando se puede apreciar la solidez del monumento, que no forma, digámoslo así, mas que una sola piedra, tan confundidas, tan incrustadas unas en otras están las piedras que han entrado en su fábrica.

A veces, casi siempre que la mar está embravecida, el edificio entero desaparece detrás de las olas, que suben hasta muchos metros por encima del faro.

El agua envuelve entonces el faro como una manga que se resuelve en un montón de espuma disipado á lo lejos por el viento.

Este notable fenómeno aparece en nuestro grabado, fenómeno que se produce principalmente cuando durante las largas tormentas de los equinoccios, las enormes oleadas del Atlántico vienen á estrellarse sobre la costa inglesa impelidas por el viento del sudoeste, que las engolfa en la Mancha.

Preciso es que sea bien sólida la construcción para resistir á tan formidables asaltos, pues el mar y el viento se reúnen contra ella. Bajo el esfuerzo de la tempestad la columna de granito se inclina tanto que las pesas colgadas en el eje de la torre para poner en movimiento el aparato de relojería que hace dar vuelta á la linterna, vienen á pegar en la pared interior.

La concepción del faro de Eddystone se debe á un ingeniero llamado Smeaton.

Aquí viene á punto una anécdota. Cuéntase que en la época que Smeaton trabajaba en la obra, como la Francia y la Gran Bretaña se hallaban en guerra, un corsario francés se apoderó de los obreros y los trajo á Francia. El corsario creyó haber dado un gran golpe, pero se engañaba; pues noticioso de esta captura Luis XIV, se encolerizó y mandó inmediatamente que diesen libertad á los prisioneros y que pusieran en su lugar á los que los habían preso.

— Estoy en guerra con Inglaterra, dijo el monarca; pero no lo estoy con el género humano.

El faro de Eddystone es uno de los monumentos mas interesantes que haya elevado el hombre, puesto que con él Smeaton dió por primera vez la ley de las construcciones en la mar. Así cuando estando á bordo de un buque se distingue el fuego que indica el puerto se debe pensar en Fresnel, el inmortal autor del sistema dióptrico, así también al acercarse al monumento que sostiene la luz se debe recordar á Smeaton, que es un hombre eminente. El mismo Océano lo ha dicho por la voz de un famoso poeta:

Great I must call them for they conquer'd me?

Debo llamarles grandes, puesto que me han vencido.

L. R.

Historia de la imprenta,

POR A. BERGNES.

(Continuacion.—Véase el N.º 842.)

La madera de que usaban generalmente los antiguos era el boj y el cedro, y en la edad media el haya. La clase pudiente, entre los romanos, usaban láminas de marfil en vez de hojas de madera.

Los edictos del Senado, los procedimientos de los magistrados romanos, los hechos principales de los emperadores, y los negocios de los príncipes, se anotaban en hojas ó tablillas de marfil. Estas se depositaron en la magnífica biblioteca fundada en Roma por el emperador Trajano.

El uso de las hojas de árbol, para transmitir nuestras ideas, es de grande antigüedad, y está en práctica todavía en los países del Oriente. De aquí la palabra folio, del latin *folium*, hoja, y su acepción de pliego cuando se aplica á un libro. Sustituyóse al método de escribir sobre hojas el uso de la corteza de árbol, cuya materia se ha empleado con el mismo objeto con todas las edades y países del mundo.

Rara vez se usaba la corteza exterior por ser demasiado basta y tosca, prefiriendo por este motivo la corteza interior, y especialmente del árbol de la lima. A esta corteza llamaban los romanos liber, de donde el nombre latino *liber*, libro; para que estos libros de cor-

teza pudiesen llevarse cómodamente de un sitio á otro, se enrollaban, llamándose volúmen un tomo liado en esta forma. Este nombre se dió despues á los rollos de papel y de pergamino.

De aquí se deriva la palabra volúmen que se aplica á los libros modernos, aunque su hechura sea muy distinta.

Son muy escasos en el día los antiguos manuscritos de corteza; pero el uso de esta materia para formar libros está aun muy en boga en el Oriente, y mas particularmente entre los birmanes. La costumbre de hacer libros de corteza prevaleció entre los antiguos escandinavos y sajones, los cuales se servían con preferencia de la corteza del haya.

El significado primitivo de la palabra *boc*, en la lengua anglo-sajona, es el haya, y su acepción secundaria la de libro, de donde se deriva la palabra inglesa *book*, que tiene el mismo significado.

Aun se conservan algunos trozos de correspondencia epistolar, y muchos de ellos amatorios, escritos por los antiguos escandinavos sobre trozos de corteza.

Los egipcios empleaban el lienzo, sobre el cual dibujaban ó pintaban letras con pinceles cuando intentaban, segun se supone, transmitir á la posteridad la relacion de un asunto cuya memoria querían que fuese muy duradera.

En el museo británico hay un trozo de escritura de esta naturaleza, el cual se sacó del vientre de una momia ó cadáver egipcio embalsamado. Los romanos empleaban también el lienzo (*libri Lintei*), no solamente para asuntos privados, sino tambien para anotar los nombres de los magistrados, los convenios y demás instrumentos públicos.

Menciona Herodoto, que el uso de las pieles de animales toscamente adobadas, fué inventado por los jónicos como sustituto del papiro, cuando no podían hacerse con esta materia sin mucho dispendio y dificultad, prefiriéndose á otro alguno los de carnero, cabra y asno.

Algunos de estos libros se conservan en el Vaticano, en la biblioteca real de Paris, y en otros gabinetes. Una copia de los poemas de Homero estaba escrita en letras de oro sobre los intestinos de una culebra.

Este curioso rollo se depositó primero en la biblioteca de Tolomeo Filadelfo, trasladándose despues á la gran biblioteca de Constantinopla, donde fué consumido por el incendio que ocurrió en aquella ciudad en el sexto siglo. Este manuscrito tenia ciento veinte piés de largo.

Parece que los judios se sirvieron de pieles ó pellejos adobados del mismo modo que en el día se practica para escribir la Ley, el Pentatécuo, y otras partes de las sagradas escrituras.

El doctor Bucanau nos informa que en el arca de la sinagoga de los judios negros en Malayála, hay una antigua copia de la Ley, escrita sobre un rollo de pellejo que tendrá unos quince piés de largo y las varias pieles de que se compone están unidas por medio de costuras.

M. Santander poseia hace pocos años una copia del Pentatécuo vistosamente escrita en caracteres hebreos muy anchos y de forma cuadrada, pero sin puntos en las vocales; este manuscrito ocupaba cincuenta y siete pieles, las cuales estaban unidas con tiras de la misma materia.

El papiro egipcio se usaba para escribir, antes de conocerse el método de preparar el pergamino y de aplicarlo al mismo uso, mas para no interrumpir la ilacion de todas las materias empleadas por los antiguos, y á la mayor parte de las cuales ha sustituido enteramente la invencion del papel, excepto en algunos casos, pospondremos el hablar acerca del papiro hasta que no hayamos dado una corta noticia del uso del pergamino.

Es indubitablemente infundada la comun opinion que se apoya en la autoridad de Varron y Plinio, que la preparación de pieles para pergamino debe su origen á una disputa entre Eumenes, rey de Pérgamo, y uno de los Tolomeos, acerca del mérito respectivo de sus bibliotecas, en consecuencia de lo cual el monarca egipcio prohibió la exportacion del papiro, y el pergamino fué inventado por Eumenes.

Josefo, Diodoro Siculo y otros autores, aseguran que la manufactura y usos de esta última materia se conocieron mucho tiempo antes de la edad de los Tolomeos; sin embargo, el nombre que le daban los antiguos de charta Pergamena (papel de Pérgamo), hace muy probable que se mejoró, ó que su manufactura y uso eran mas generales en aquella comarca que en los demás países.

La mayor parte de los antiguos manuscritos existentes en la actualidad están en pergamino. Se conoce á primera vista el pulimento que le daban al prepararlo, sirviéndose para ello de la piedra pomez, segun nos dicen los autores antiguos.

Habia tres clases de pergamino; el de color natural, el amarillo, que denomina Persio membrana bicolor, y se llamaba así porque un lado de la hoja era blanco y el otro amarillo. El de tercera clase era color de púrpura, y se usaba para escribir con letras de plata y oro.

Acontecia muchas veces que escaseaba el pergamino, y en el año de 1120, un tal Martin Hugo, que habia sido nombrado por el convento de San Edmundo para escribir é iluminar una gran copia de la Biblia, para la biblioteca de aquellos padres, no pudo hallar pergamino en toda Inglaterra para emprender su obra.

También adobaban y se servían los antiguos de la vitela, que es una especie de pergamino muy fino, y se

hace de las pieles de becerro de corta edad, y esta materia tambien se usaba para escribir en la edad media. Existe un manuscrito de vitela de color violeta con todas las letras de plata, excepto las iniciales que están doradas.

Mencionaremos esta obra con particular noticia por dos razones. 1.º Porque es la única muestra que ha llegado á nosotros de la lengua radical de donde se deriva el idioma inglés, y las lenguas suecas, dinamarquesa, islandesa, noruega, holandesa y alemana. 2.º Porque muchos han creído que manifiesta unos toscos ensayos del arte de imprimir, aunque se escribió mil años antes de haberse inventado esta ciencia: aludimos á la traducción gótica de los Evangelios, hecha por Ulfilas en el siglo IV.

En la biblioteca de Upsal se conserva una copia bastante imperfecta de este documento, que se denomina *Codex argenteus* ó libro de plata. Parece que las letras de que se compone están impresas ó estampadas, como muchos han opinado, y que se han ido grabando una á una en el pergamino, con tipos de metal, caldeado del mismo modo que los encuadernadores en el día estampan letras sobre las cubiertas de los libros.

No sabemos que esta opinion haya sido combatida, hasta que M. Coxe examinó el manuscrito detenida y minuciosamente, y se convenció que todas las letras estaban pintadas ó dibujadas, del mismo modo que las iniciales que se encuentran en los misales mas hermosos de aquella época. Sin embargo, no pudo averiguar si las hojas del libro eran de vitela, pergamino ó papiro.

Llegamos ya á hablar acerca del papel. La clase mas antigua que de esta materia se conoce, se hacia con el papiro, de donde se deriva la palabra papel. Esta planta es una especie de junco que se proporcionaban los antiguos en las orillas del Nilo exclusivamente. La especie particular á que pertenecia esta planta no se descubrió hasta una época muy reciente, en que se averiguó que era el *Cyperus papyrus* de Lineo, cuya planta crece en las márgenes de varios rios del Oriente, como tambien en la isla de la Trinidad, segun datos muy probables.

La palabra *biblos* con que designaban los griegos originalmente la corteza interior de los árboles, y que equivale al liber de los romanos, se aplicaba despues mas comunmente al papiro.

De aquí se trasfirió esta voz para designar los libros en general, y nosotros la reservamos para designar con ella la Sagrada Escritura, denominándola Biblia, como si dijéramos, el libro por excelencia.

No se sabe cuándo se empezó á fabricar papel del papiro; pero ciertamente existian en una edad muy remota, á lo menos 300 años antes de Alejandro, muchas fábricas de esta materia en la ciudad de Menfis.

En posteriores épocas, y en el tiempo de la conquista del Egipto por los romanos, se fabricaba principalmente en Alejandria; sin embargo, hasta el tiempo de esta conquista era el papel de calidad muy inferior. Los artistas romanos se dedicaron á perfeccionarlo con grande esmero, y lograron darle un grueso regular, y una perfecta suavidad y blancura.

A pesar de estas mejoras era tan endeble y quebradiza esta sustancia, que cuando interesaba su conservación, se interpolaban hojas de pergamino con la de papiro: así la consistencia de una materia, defendia la fragilidad de la otra, y un gran número de libros ha resistido por este medio los accidentes y desmejoras de doce siglos.

El papiro servia de mucha utilidad á los antiguos egipcios, no solo para papel, sino para otros efectos. Del meollo de este junco extraian un jugo muy dulce y nutritivo; de las partes inferiores y de mayor consistencia formaban pequeñas vasijas, y de las superiores y mas flexibles, báculos y ligazones para esquistes; reservando las partes fibrosas para hacer paños, velas de buques, cuerdas, zapatos, torcidas para lámparas, y papel.

Plinio ha descrito extensamente el método que observaban los antiguos en la fabricacion de este último artículo, y Bruce, que consiguió fabricarlo en Abisinia y Egipto, nos ha dejado varias observaciones muy curiosas acerca de la historia natural del papiro, como se podrá ver en el sétimo tomo de sus Viajes, pág. 117. Su relacion varia de la de Plinio en el método practicado en la fabricacion del papel.

Segun el autor último citado, se colocaba en una mesa una capa de las materias fibrosas de la planta, atravesando sobre ella otra de la misma especie, y conglutinándolas en seguida con agua cenagosa del Nilo. M. Bruce asegura que el agua del Nilo carece de toda propiedad glutinosa, y que las fibras del papiro llegan á coadunar por la virtud de la materia sacarina ó azucarada con que está abundantemente impregnado el jugo de este vegetal.

Añade este autor, que el agua solo serviria para disolver perfectamente la materia sacarina y extenderla con igualdad. Despues de aprensadas las fibras, se enjugaban y golpeaban con un mazo, puliéndolas en seguida con un colmillo, concha ú otra sustancia sólida y lisa.

Los artistas romanos, en Alejandria, cuidaban con mucho esmero y escrupulosidad de las operaciones de lavar y pulir el papiro, y arreglar el tamaño de los pliegos. Esta última operacion se hacia casi del mismo modo que se practica en el día con el papel de trapos.

Habiendo trazado sus primeras dimensiones, lo golpeaban con un martillo, y volvian á arreglarlo segunda vez, aprensándolo y puliéndolo en seguida. Despues lo cortaban en varios tamaños, pero su anchura jamás ex-

cedía de trece pulgadas. El mismo autor describe una grande variedad de clases, cada una de las cuales tenía su nombre específico.

El papiro ya se exportaba de Egipto en grandes cantidades, 300 años, por lo menos, antes de Jesucristo. Podemos formarnos una idea del valor y prosperidad de las manufacturas de Alejandria en aquella época, y de las riquezas que reflujaban a sus naturales, por una anécdota que nos cuenta Firmo.

Este personaje, uno de los favoritos de Zenobia, reina de Palmira, era un comerciante muy rico ó mas bien un fabricante de papel y cola, á mediados del siglo III. Presentóse un día en armas y á la cabeza de un sinnúmero de partidarios, y apoderándose de la ciudad de Alejandria, se revistió de la púrpura imperial, y levantó un ejército, jactándose de que lo podía mantener sin necesidad de otros recursos que los que le suministraban las ganancias anuales de sus fábricas.

Se ignora el tiempo en que se perdió ó cayó en desuso la fabricacion de esta clase de papel. La invasion de Egipto por los sarracenos interrumpió y disminuyó sin duda su manufactura y exportacion.

Se supone generalmente que hay muy pocos ó ningunos manuscritos de papiro formados en épocas posteriores á los siglos VIII y IX. En esta época empezó á fabricarse papel de algodón en Bucaria, segun opinan algunos, á pesar que otros son de parecer que ya era conocido en China y Persia mucho tiempo antes.

No puede dudarse sin embargo, que habiendo los árabes adquirido los conocimientos necesarios para fabricarlo, establecieron en Ceuta una manufactura, y despues muchas en España, introduciéndolo de este modo en Europa hácia el siglo XII.

El uso de esta clase de papel llegó á generalizarse en Sicilia y en todo el imperio oriental. Mientras las fábricas de España estuvieron en poder de los árabes, el papel era de calidad muy inferior á causa de que solamente empleaban morteros ó molinos tirados á mano ó por jumentos para reducir á masilla la lana ó trapos, pero así que los trabajadores cristianos se apoderaron de los molinos de papel de Toledo y Valencia, empezaron á trabajarlos con mas ventaja, sirviéndose de molinos de agua, perfeccionando el método de moler y estampar, é inventando y adoptando los moldes.

El uso del papel de algodón solo llegó á generalizarse en el siglo XIII, y á mediados del XIV fué sustituido por el papel hecho de trapos de lienzo, como se fabrica ahora en Europa, y en donde quiera que los europeos han formado colonias y establecimientos.

Hay mucha incertidumbre acerca de la exacta época en que se inventó el papel de lienzo, y en qué país tuvo esta lugar.

Es probable que se emplease al principio una mezcla de trapos de algodón y lienzo, especialmente en aquellos países donde se daba el lino fácil y copiosamente, al paso que el algodón era un artículo de importacion, y por consiguiente muy caro y escaso.

Montfaucon, cuya autoridad es de mucho peso en estas materias, á causa de la diligencia y extension de sus investigaciones, dice que no se hallaban libros hechos de papel de lienzo en Francia ni en Italia antes del año de 1270, á pesar de que existe un ejemplar escrito en 1239, y que fué descubierto por el ingenioso De-Vaines.

Generalizóse el uso de esta clase de papel en el siglo XIV, y establecieron en esta época en Italia muchas fábricas. En 1380, una parte del cargamento de un buque genovés que con destino á Sluys en Flandes, encalló en las costas de Inglaterra, consistía en veinte y dos pacas de papel de escribir. El molino de papel mas antiguo de Alemania se estableció en Nuremberg, por los años de 1390.

Hay algunos manuscritos ingleses en papel de lienzo, con fecha de 1340 y 1342; pero segun la opinion general, no se introdujo en aquel país su manufactura hasta el año de 1388. En aquel tiempo un alemán llamado Spielman, que era joyero de la reina Isabel, estableció un molino de papel en Dartford, ciudad del condado de Kent.

Esta opinion, sin embargo, ha sido combatida con fundamento, pues que el papel que usaba Wynkin de Worde, verdadero sucesor del célebre Caxton, para imprimir la obra titulada *Bartholomeus de proprietatibus rerum*, y descrita por M. Dibdin como una de las producciones tipográficas mas espléndidas de la primitiva imprenta británica, fué fabricado en Hertford, por Juan Tate, hijo, el cual puede por tanto considerarse como el primer fabricante de papel en Inglaterra.

Hasta entonces importaba aquella nacion del continente, en particular de Holanda y de Francia, la mayor parte del surtido de papel fino, que se consumía en sus imprentas ó servía para escribir; pero de unos 100 años á esta parte el papel manufacturado en Inglaterra, es no solamente suficiente para el consumo del país, sino para exportarlo en partidas de consideracion.

Los instrumentos que empleaban los antiguos para escribir, y que estaban en uso durante el siglo medio, variaban por consiguiente segun la naturaleza de los materiales que servían de papel.

Estos pueden dividirse en dos clases. Los que obraban por su propia virtud y los que necesitaban el auxilio de algun fluido. De la primera especie eran el escoplo y mazo para grabar inscripciones en piedra, madera y metal, y el estilo para tablillas de cera.

Estas ya se han descrito en las páginas antecedentes; las demás no necesitan explicacion ninguna. Como el estilo era demasiado agudo para escribir en pergamino ó papel egipcio, y no era á propósito para contener ó

comunicar ningun fluido, se empleaba en su lugar una clase de junco.

Preferíanse los juncos del Egipto, mas no se usaban estos exclusivamente. Cortábanlos como nuestras plumas modernas, haciéndoles una hendedura en los puntos, y así que estos se embotaban los afilaban con un cuchillo ó sobre una piedra granugienta. Los sujetos distinguidos se servían muchas veces para escribir de un cálamus de plata, muy parecido sin duda á nuestras plumas del mismo metal; pero por muy cuidados y afinados que estuviesen, los rasgos hechos con las plumas de junco salían generalmente muy toscos y desiguales.

Los estilos y juncos se guardaban cuidadosamente en cajones hechos á propósito, y sabemos, así por la relacion de los antiguos autores, como por los caracteres manuscritos, que se servían de una esponja para limpiar el junco y borrar las letras que necesitasen enmienda ó sustitucion.

Tenian tambien navajas para cortar los juncos, piedra pomez para afinar las puntas y suavizar el pergamino, compases para medir la distancia de los renglones, tijeras para cortar el papel, punzones para marcar el principio y extremo final de cada linea, reglas para tirar lineas y dividir los pliegos en columnas, arenilleros de cristal, y otras vasijas llenas de agua para mezclarla probablemente con la tinta.

Ni la especie particular del cálamus que usaban los antiguos para plumas, ni el modo con que lo preparaban para este objeto han llegado á nuestra noticia: esto es aun mas notable, pues que los botánicos han averiguado y reconocido todos los parajes en que estos juncos crecen espontáneamente, pero con un resultado tan poco feliz que despues de una infinidad de eruditas y científicas conjeturas, el cálamus de los antiguos no ha podido colocarse aun en el sistema botánico de Lineo.

Esta circunstancia es todavia mas notable, pues que hallamos que muchas naciones del Oriente escriben en el día con juncos. Ranwolf, en la Relacion de sus Viajes en el siglo XVI, nos informa que se vendían en las tiendas de Turquía unos juncos de escribir, pequeños, huecos por dentro, lisos por fuera y de color pardusco.

Tavernier, Chardin, Tohrnefort y otros viajeros, dan la misma relacion, y añaden que tienen estos cálamos el mismo tamaño que las plumas grandes de cisne, y que las cortan del mismo modo que nosotros hacemos con las nuestras, con la diferencia de dejarles mas anchos los puntos.

Los mejores crecen en las cercanías del golfo Pérsico, y es muy probable que, sea cual fuere su especie, son de la misma clase que los que empleaban los antiguos, y que de estos se aprendió en el Oriente el modo de usarlos que se han transmitido hasta el día.

Primero los entierran durante algunos meses en un estercolero, cuya operacion les da un color de oro, un bello lustre y la consistencia necesaria. El uso de los juncos duró en Europa hasta el siglo VIII, aunque no puede dudarse que ya se conocían las plumas de ave á mediados del sétimo.

El autor mas antiguo que usa la palabra penna en la acepcion de pluma de escribir, es san Isidoro, que floreció en aquel siglo; y hácia fines del mismo escribió un autor anglosajon un soneto en latin, que tenia por asunto las alabanzas de una pluma. Es cierto que se encuentra en la biblioteca de Médicis un Virgilio manuscrito á principios del siglo V, y que por la finura uniforme y simétrica de los perfiles, parece que se escribió con un instrumento tan elástico como la pluma; pero esta no es prueba para creer que se hubiese hecho con semejante instrumento.

Considerando que ya se conocían las plumas en el siglo VII, el uso de ellas se generalizó con mucha lentitud, pues que enviando de regalo, en 1433, cierto monge de Venecia un macillo de plumas á otro religioso de uno de los conventos de Inglaterra, le dice, en su carta de aviso, que «enseñe el macillo al hermano Nicolás, y le deje escoger una pluma.»

Varias eran las composiciones y colores de la tinta que usaban los antiguos. Los polvos de marfil quemado, tizne ú olin, recogido en las fraguas y baños, segun Plinio y otros escritores, formaban sus principales ingredientes.

El licor negro que se extrae del pez jibia se usaba tambien para tinta, segun la autoridad de una expresion metafórica del poeta Persio; pero sean cuales fueren los ingredientes que entraban en su composicion, se sabe por análisis químico y por la solidez y negrura de los caracteres que forman los antiguos manuscritos, y por un tintero que se ha hallado recientemente en las excavaciones de Herculano, y cuya tinta parece un aceite muy espeso, que la que entonces se hacia era mucho mas opaca y de mayor realce que la de ahora. Usaban tambien los antiguos tinta encarnada, azul y violeta, tambien de color de oro y plata: la encarnada se hacia con vermellon, cinabrio y carmin.

La violeta de múrice y una clase particular de tinta de color llamada esmalte sagrado, estaban reservadas exclusivamente para el uso de los emperadores. El nombre del autor ó copista con la fecha del año, mes, día, y muchas veces hora en que acabó su trabajo, se colocaban generalmente al fin del manuscrito, segun costumbre de los griegos, y se escribían durante la época de la decadencia del imperio romano, en tinta color de púrpura.

La manufactura de esta clase de tinta y de la plateada, eran unos ramos de industria muy distintos, y estas mercancias formaban artículos de comercio muy lucrativos en la edad media, siendo tambien una ocupacion muy diversa de la del copista comun, la de escribir los

títulos, mayúsculas, iniciales y palabras enfáticas. Lo que se hacia comunmente con tinta de color, ó de oro ó plata.

En la relacion precedente se manifiestan con la mayor claridad los obstáculos é impedimentos que se oponían á cada paso, en tiempos antiguos, á la comunicacion y trasmision de los conocimientos, en cuanto concierne á los materiales empleados para conseguirlo. Las masas de piedra ó metal, los leños ó tablas de madera, eran demasiado pesadas y embarazosas para poder trasladarse de un sitio á otro, de modo que para enterarse del objeto que sus inscripciones recordaban, era preciso consultarlas en el paraje mismo en que estaban puestas.

Aun despues que se les sustituyó el uso de las tablillas, del pergamino y del papel de papiro, no por esto cesaron las dificultades y desventajas. Las tablillas de cera podrian servir muy bien para escribir apuntes, cartas ó tratados muy sucintos, mas no para obras de volumen algo abultado.

Parece además que solo se inventaron y aplicaron á usos de privada naturaleza, y nunca para asuntos que tuviesen que circular. El pergamino no pudo haber sido en ninguna época un renglón de mucha abundancia y baratura; y habiendo, á lo menos en tiempo de los griegos y romanos, solo un paraje en donde existiesen fábricas de este material, las demás partes del mundo tendrian que depender de aquel para surtirse.

El papel de papiro era mas barato á causa de su mayor abundancia, pero todos los países se veían obligados á exportarlo de Egipto, como produccion indigena de aquella sola comarca, y ya sabemos cuánto se paralizaron sus exportaciones y decayeron sus fábricas, cuando los sarracenos se apoderaron de aquel país. La invencion del papel de trapo tuvo un éxito muy feliz. El doctor Robertson observa que precedió á la primera alborada de las letras, y fué precursora de los progresos de las artes á fines del siglo XI; al paso que con su auxilio no solo se aumentó el número de copias manuscritas, sino tambien se facilitó extraordinariamente el estudio de las ciencias.

En cuanto respecta á la parte material, podemos decir, que despues de aquella época hasta el día, ha tenido la Europa casi los mismos arbitrios, para circular y transmitir los conocimientos, pero no debemos perder de vista que todas las obras estaban entonces manuscritas.

Detengámonos en seguida á investigar de qué modo se hacían estas copias, quiénes eran los que las escribían, y en qué países principalmente abundaban mas las mismas.

Si examinamos los voluminosos escritos de algunos antiguos padres ó escolásticos, nos sorprenderemos al reflexionar que estaban en circulacion muchas copias de ellos sin mas auxilio que el de la pluma, y que no podia generalizarse su leyenda á menos que un gran número de copistas se empleasen en escribirlas.

De este solo hecho se puede deducir que seria muy grande el número de amanuenses antes de la invencion de la imprenta, siendo esta ocupacion una de las que proporcionasen un empleo continuo, y requiriesen mucha experiencia y habilidad, así como claridad y ligereza en la escritura de caracteres.

Así sucedía en Grecia, Roma, Egipto y otros países antes de la era cristiana, y despues de consolidada la verdadera religion, muchos se dedicaban á este ejercicio en los monasterios, universidades y otros parajes.

Los copistas de profesion eran muy numerosos en Atenas, y ganaban una subsistencia decente y segura, pues que á pesar de su crecido número y trabajo, los libros eran demasiadas veces poco comunes. Los liberos de Atenas los empleaban principalmente para copiar libros chistosos, la mayor parte de los cuales se exportaban á los países adyacentes situados á orillas del Mediterráneo, y aun á veces á las colonias griegas en el Euxino.

En muchos de estos lugares habia tambien copistas y se iban estableciendo bibliotecas. Muchos autores copiaban por sí mismos algunas veces sus propias producciones, y se dice que algunos curiosos formaron bibliotecas, copiando por su propio puño todos los libros de que se componían.

No mucho tiempo despues de la muerte de Alejandro, el amor á las ciencias y literatura se difundió desde Atenas y otros puntos de Grecia hasta Alejandria, en la cual bajo el dominio de los Tolomeos floreció completamente, y pareció durante un grande período haberse fijado allí como en su centro. En el mismo edificio en que estaba la célebre biblioteca, la cual llegó á tener en una ocasion hasta 70,000 volúmenes, habia espaciosa oficinas perfectamente arregladas y dispuestas para copiar libros; y tenían costumbre los príncipes extranjeros que querían hacerse con libros, el mantener á su costa en aquella ciudad un gran número de copistas.

Habiendo destruido un incendio varias bibliotecas en Roma, el emperador Domiciano envió copistas á Alejandria para reparar cuanto antes tamaña pérdida. Esta costumbre continuó por algunos siglos despues de Domiciano, y probablemente hasta la conquista de Egipto por los sarracenos, á mediados del siglo VII.

Ya hemos hablado de la invencion del pergamino, atribuida al rey Pérgamo. Esto es problemático; pero es indudable que habia extensas manufacturas de aquel artículo en esta ciudad, para el uso casi exclusivo de los copistas empleados en la biblioteca régia, la cual encerraba, segun se dice, mas de 200,000 volúmenes.

(Se continuará.)



H. DUFFELL A. Cassin. F.

Sucesos de Oriente. — Una reunion pública en Atenas

Sucesos de Oriente.

UNA REUNION PÚBLICA EN ATENAS.

Nuestros corresponsales griegos nos hablan de la viva agitacion que reina en Atenas. Los noveleros son los héroes del día, y Dios sabe qué noticias ponen en circulacion por cafés, calles y plazas. No se habla mas que de la intervencion americana en Oriente: ya que la Inglaterra y la Francia les abandonan, confian en América.

A lo mejor se oye decir que llega la escuadra americana, y va á comenzar la gran lucha. Otros esperan una revolucion en Constantinopla, á cuyo beneficio la Turquía entrando en el régimen constitucional, vivirá en buen acuerdo con la Grecia despues de ceder la Creta, la Tesalia y el Epiro.

Todo esto y mil cosas mas se dice y se repite durante algunos minutos desde el café de la Bella Grecia hasta el de Solon, y en el paseo de Patissia. Pero como ningun noticia resulta verdadera, los ánimos se irritan contra el gobierno, que cede porque se siente débil y aislado, y de aquí los pasquines que todas las noches aparecen en las paredes de palacio, no obstante la vigilancia de la policia.

Es de advertir que en Grecia existe el derecho de reunion en toda su plenitud, y así sucede que la gente se reúne al aire libre en Atenas para escuchar á oradores que si no son Demóstenes, tienen al menos buena voluntad y patriotismo.

Nuestro dibujo representa una reunion pública en la plaza de la Universidad.

En el fondo se distingue el palacio universitario, el monumento mas hermoso de la Atenas moderna, ciudad donde todos los honores son para la instruccion.

En primer término hay un grupo de jóvenes que rodean á un orador popular, el cual está hablando de los peligros de la patria, de las injusticias de la Inglaterra y la Francia, de la esperanza de un próximo cambio en la política de estas potencias, y de la necesidad de mantenerse firmes y adictos al helemismo.

Casi todos esos jóvenes son estudiantes, muchos de ellos de las provincias griegas sometidas aun á los turcos, pues Atenas, desde su emancipacion, es un gran centro de luces para todo el Oriente.

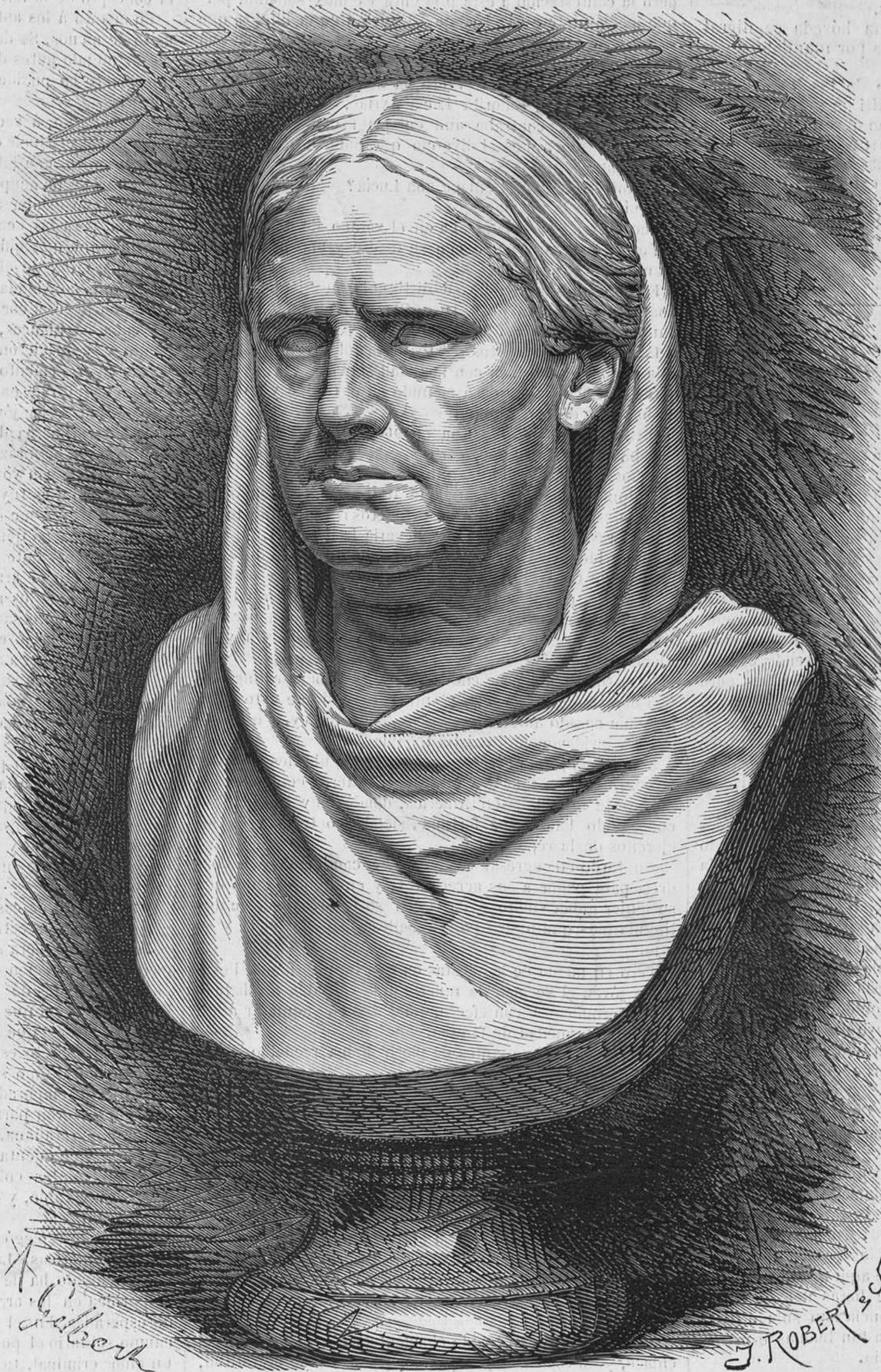
Y son por cierto los mas entusiastas. El recuerdo de sus familias les atormenta, pues han quedado expuestas á las tropelias, á los vejámenes de toda especie. ¡Da lástima verlos con sus pañuelos grises cruzados sobre el pecho, con sus rostros pálidos en los que se pintan sus privaciones! No han podido comprarse un gaban, y de ahí el uso del pañuelo. Hay muchos que viven en Atenas con media onza de oro al mes.

Otros se ponen de criados, con la condicion de que los amos les permitan asistir á los cursos. Estudian toda la noche. ¡Qué existencia!

Así es que se apresuran á pasar sus exámenes con la esperanza de mejorar algo de vida. Pero ¡ay! vana esperanza; ni siquiera pueden volver á su país, donde los turcos matan el comercio y la industria, y no quieren derecho ni ciencia. Vegetan pues en algun granero de Atenas, y los menos desdichados obtienen algun empleillo miserable. Como estos jóvenes se hallan bien persuadidos de que su patria, el Oriente, no puede vivir en semejante estado, apelan gustosos á las armas. Muchos han ido á Creta y se han distinguido. En la batalla de Vafé murieron algunos como héroes. G. F.

La princesa Bacciochi.

La princesa Napoleone Elisa Bacciochi, prima hermana del emperador Napoleon III, cuyo retrato damos, falleció el 3 de febrero último en su palacio de Korn-er-Houet, en Bretaña. El año último la prima del emperador se dió una caída grave que ocasionó la fractura de la pierna, y desde entonces la salud de la princesa ha ido de mal á peor. Hablábase de traerla á Paris para



Su Alteza la princesa Bacciochi. — Copia del busto de Adam Salomon.

someterla á un nuevo tratamiento, cuando la muerte la vino á sorprender súbitamente en la hermosa posesion que habia creado y habitaba en medio del Morbihan.

Recordaremos brevemente las principales circunstancias de su vida.

La princesa habia nacido en Luca, de la princesa Elisa Bonaparte y de Felix Bacciochi, príncipe de Luca. En 1825 se casó con el conde Canvrata, rico hacendado de las Marcas de Ancona; pero se separó de su esposo en 1830, y vivió despues en sus propiedades de Iliria.

Desde el restablecimiento del imperio, habitaba la Francia, habiéndose instalado en un antiguo castillo histórico, *Vivier-les-Ruines*, cuyo aspecto representamos en uno de nuestros dibujos (véase la página 168). Esta antigua residencia de Carlos VI y otros reyes de Francia, fué vendida por la princesa á M. Raymond Sabatier, ministro plenipotenciario, por la cantidad de 600,000 francos, despues de la muerte de su hijo único,

que se suicidó en 1854. La princesa Bacciochi era una señora de alta inteligencia, y con toda la verdad se la puede aplicar el fallo que M. Wouters, el historiador de la familia Napoleon, ha escrito sobre su madre la princesa Mariana Elisa, la hermana primogénita de Napoleon I. «Su entendimiento claro y cultivado, su energia á toda prueba, su carácter vivo é impetuoso y sus conocimientos, la habian colocado muy por encima de muchos hombres superiores.»

Su temperamento viril y de un vigoroso temple, se dió á conocer por un acto memorable despues de los sucesos de 1830. La princesa, que habitaba en la Iliria y que habia conservado como un culto su fe en la dinastia napoleónica, intentó sacar al duque de Reichstadt de su cautiverio de Schönbrunn, para volver con él á restaurar en Francia el trono de Napoleon.

Pero es sabido cómo el gobierno austriaco habia tratado al hijo del emperador. El niño no supo nunca nada de su destino. Illicieron para él libros especiales, corregidos de otro modo que las ediciones *ad usum Delphini*. Sus conversaciones, sus placeres, sus paseos, sus ejercicios, las personas que le rodeaban, todo estaba sujeto á una vigilancia tal, que el joven príncipe no supo hasta mucho mas tarde el secreto de su origen.

El emperador Francisco II decia que no estalá prisionero, sino que vivia en condiciones particulares.

El viaje que hizo á Austria Barthelemy, despues de la publicacion de su poema titulado *Napoleon en Egipto*, para presentar esta obra al joven príncipe, demostró que en verdad estaba prisionero. El escritor no pudo hablarle ni presentarle su poema, y se volvió diciendo:

Et je n'ai même pu recueillir
[une fois
Le son de sa parole et l'accent
[de sa voix (1).

No era pues poca empresa intentar el rapto del heredero de Napoleon I. La princesa Bacciochi, despues de haber hecho en vano diferentes pruebas, debió renunciar á su propósito. La carta que escribió despues de su tentativa, debió poner en evidencia, á los ojos del partido bonapartista, que seria insensato contar con el cautivo de Schönbrunn, el cual murió poco tiempo despues, el 22 de julio de 1832.

Una vez restablecido el imperio, la princesa dió otra direccion á su actividad y sus miras. Pensó en servir la causa de la dinastia haciendo al país notables servicios. Con este intento se retiró á la soledad de Korn-er-Houet, á veinte kilómetros de Vannes, en el Morbihan, donde mostró todo el partido que se

podria sacar de los páramos de Bretaña. La princesa trató de vulgarizar en este país, donde la propiedad se halla tan repartida, los métodos perfeccionados del arte del cultivo. Hizo fértiles lugares áridos, enseñó la cria del ganado, emprendió el cultivo en grande, no retrocedió ante obstáculo de ninguna especie. Hasta trató de hacer productivo el trágico peñasco de Quiberon, abrazado por los vientos del Océano.

Pero ¡ay! el campesino breton, al pasar delante de esas grandes operaciones agrícolas, contempla y admira. No desearia otra cosa sino imitarlas; mas ¿cómo hacerlo?

Uno de ellos nos decia el año último:

— Para hacer otro tanto se necesitan tres cosas, á saber: dinero, dinero y... dinero.

Las exequias de la princesa tuvieron lugar el miér-

(1) Y ni una vez tan solo he recogido— el sonido de su palabra y el acento de su voz.

coles 9 de febrero en el dominio de Korn-er-Houet.

En la mañana de ese día el ferrocarril había llevado seis coches de la corte y catorce caballos con palafreneros de la casa imperial vestidos de luto.

Digamos también que el mariscal Vaillant, el príncipe Murat y el general Fleury, habían salido de París para asistir a la fúnebre ceremonia.

Las autoridades civiles y militares del departamento habían ido a Korn-er-Houet para tributar a la princesa los últimos honores.

Finalmente, se envió un destacamento del 10º de línea, de guarnición en Vannes, para que acompañara al entierro.

Ofició el señor obispo de Rennes.

El cuerpo fué sepultado en una bóveda sepulcral construida desde hace algunos años por mandato de la princesa.

Una muchedumbre considerable de los lugares circunvecinos llevó la princesa a su última morada.

La princesa, como puede verse en el retrato dibujado con vista del hermoso busto de mármol de Adam Salomon, tenía una fisonomía de las más acentuadas, y los bretones del Morbihan hacían justicia a esta señora de viriles virtudes, que prefería a los placeres de París la vida laboriosa de la Bretaña, y que amaba como ellos la acción, el trabajo y el deber. R. DE M.

Revista de Paris.

Nos acercamos a la media-cuaresma, ese paréntesis en las abstinencias de placeres mundanos que los parisienses aprovechan sin duda para darse las fuerzas que necesitan hasta llegar a Pascuas, en cuyo tiempo los salones de París celebran brillantemente el fin de la temporada. Para ese día se preparan pues, grandes bailes de máscaras tanto públicos como particulares. Es otro martes de carnaval para la población de París, y es sobre todo un gran día para el comercio y la industria, que disponen cabalgatas de anuncios a cual más ingeniosas y extravagantes. Las tiendas de ropas hechas, los almacenes de calzado, los vendedores de betun, los que han inventado unos polvos infalibles para destruir toda clase de insectos, se llevan siempre la palma, esto sin contar con el clásico pasco de las lavanderas en un carro triunfal, el mismo que acompaña al buey gordo en los tres días de carnestolendas. Todo eso nos espera el jueves próximo, a menos que un aguacero intempestivo no haga fracasar tan lucidos festejos.

Entre tanto los parisienses, privados de bailes y grandes reuniones, se desquitan con conciertos y banquetes. Por lo regular ambas cosas van juntas: después de una comida opípara no están de más las arias italianas y las romanzas francesas. Hoy es de gran tono servir en los banquetes algún plato singular, algo que no se ha visto nunca.

Por ejemplo el beefsteak de oso, que solo se conocía porque Alejandro Dumas cantó sus alabanzas después de asegurar que le había comido en Rusia, ha hecho su aparición en las mesas parisienses y ha obtenido un éxito felicísimo. Tanto es así que hoy constituye un manjar privilegiado, y no pasará mucho tiempo sin que sea de muy mal tono el decir que no nos gusta la carne del feroz cuadrúpedo.

Con efecto, ya en los mercados de París se esperan osos para descuartizarlos y venderlos al pormenor como se venden los bueyes y los carneros.

El primero que ha llegado ha dado margen a una contienda. Era un tremendo oso negro, llamado Buffi, que habían cazado vivo en el Tirol y enviaban a vender en los Mercados centrales por conducto de M. Lamarche.

Naturalmente este M. Lamarche se las prometía ya muy felices con su especulación, cuando hé aquí que el oso fué a parar por equivocación a la casa de fieras del Jardín de Plantas, donde los gastos de subsistencia han subido tanto que en el día M. Lamarche no abriga tan buenas esperanzas en cuanto al resultado del negocio.

De buena la ha escapado Ruffi; que coma, que devore mientras la justicia resuelve la cuestión, y él será quien ganará el pleito pendiente entre M. Lamarche y la administración del Jardín de Plantas.

A decir verdad, por mucho que se pondere la carne de oso, creemos que debe haber invenciones más delicadas. Hablando de estas novedades culinarias que son el gran triunfo de los grandes banquetes, la *Vida parisiense* señala una con el nombre notabilísimo de *confitura de esmeraldas*, que mucho nos engañamos si no obtiene una aceptación unánime.

¿Qué es pues esta confitura de esmeraldas?

Es una jalea de naranjas verdes, bien clarificada y vaciada en la forma cristalina de la piedra preciosa cuyo nombre lleva.

Cada una de estas esmeraldas comestibles se sirve en una cajita de papel rizado, en cuyo borde se lee lo que valdría la tal esmeralda si lo fuese de veras.

Por ejemplo: un millon, dos millones .. cuatro millones... En suma, cada bocado vendría a salir, por término medio, a unos tres millones de francos.

Si el repostero que ha hecho tal invención, que necesariamente debe aumentarse con la perla, el rubí, la amatista,

ta, etc., no ha sacado privilegio, puede decir que ha dejado escapar una fortuna, a juzgar por los aplausos que ha recibido su confitura de esmeraldas.

La historia de la semana nos conduce ahora a consignar aquí una serie de hechos que seguramente podrían servir a un autor para un enredo dramático.

La señora de Houssaye ha pedido en justicia la nulidad del casamiento de su hermana, señora de Stern, muerta hace un año, en la primavera de la vida, en todo el brillo de la juventud y de la hermosura.

El lector se preguntará con cierto asombro por qué se pide la nulidad de un enlace disuelto ya por la muerte; pero la contestación a esta pregunta es muy sencilla, porque median intereses: hay una donación de la difunta que se trata de anular, y no puede serlo sino en el caso de que se declare nulo el matrimonio.

Parece ser que M. Otto Stern, el marido heredero, cuando se casó con la señorita Lucía Avrial, la hermana de la litigante, se encontraba aun en los lazos de un casamiento anterior, pues el divorcio que pidió no tuvo efecto legalmente.

¿Cómo se efectuó el enlace con Lucía?

Aquí entra la novela.

Lucía Avrial se encontraba en el verano de 1863 en los baños de mar de Dieppe con su madre y uno de sus hermanos.

En aquel mismo tiempo se distinguía en Dieppe por su boato y su lujo un joven ruso, Otto Stern, que se decía banquero en Londres.

Las relaciones en estos puntos frecuentados por la gente a la moda, se entablan con facilidad suma.

Otto y Lucía se vieron a menudo en el Casino y no tardó en hablarse de matrimonio.

Otto calculaba su fortuna en 900,000 francos, y Lucía llevaba en dote 200,000, parte en dinero y parte en valores moviliarios.

Estipularon la mancomunidad de bienes, y además los futuros esposos se nombraron herederos recíprocamente. El que sobreviviera de los dos se llevaría la herencia.

Ahora bien, una vez hecho el matrimonio, vino a descubrirse que Otto Stern no tenía en Londres otra posición que la muy precaria de un corredor de los más humildes, y que además, había hecho quiebra. Después de haber realizado el dote de su señora, Otto la abandonó y huyó a Alemania.

La desdichada esposa entabló ante los tribunales ingleses una demanda de divorcio, y entonces supo que Otto Stern se había casado anteriormente con Maria Ridley, y que este enlace, jurídicamente, existía todavía.

Ahora bien, mientras esta señora proseguía dos pleitos a la vez, uno en Francia y otro en Inglaterra contra su esposo, este se hallaba en América, donde muy luego había conseguido hacer una fortuna, siendo contratista de los ejércitos de la república.

No tardó en regresar a Europa, encaminándose a Londres, para pagar a sus acreedores, y en Londres supo que su mujer había vuelto a París con su madre y que se distinguía más que nunca por su belleza, su elegancia y su lujo.

Pero en medio de las fiestas en que tanto brillaba, llevaba la joven el germen de muerte que ya había arrebatado a sus hermanos, y con efecto, no tardó en sucumbir a esa terrible enfermedad de familia.

Advertiremos que antes de morir había recogido la herencia de sus hermanos.

Dícese que en la noche del día en que enterraron a la infortunada joven, Otto Stern concurría a la función del teatro de la Opera.

Esto no obstante, en la mañana siguiente se presentaba para ejercer los derechos resultantes de su contrato matrimonial y reclamaba la fortuna que su difunta esposa había heredado de sus hermanos.

Fácil es comprender que la hermana de Lucía, la señora de Houssaye, no ha podido ver sin disgusto que la fortuna de su familia pasaba a manos de un hombre que, por tantos títulos, debía ya ser para ella un extraño; de aquí la demanda.

Su abogado ha sostenido elocuentemente la nulidad del enlace, y en todo caso, ha pedido, por causa de ingratitud, la revocación de la donación contenida en los capítulos matrimoniales.

A sus ojos el dolo es evidente, puesto que M. Stern cuando estaba en quiebra se atrevió a decir que poseía 900,000 francos. Es seguro que sin este engaño, jamás la madre habría consentido en semejante matrimonio.

El defensor de Otto Stern comenzó por contar con todos sus pormenores la aventura de la playa de Dieppe que acabó por una boda.

Lucía se enamoró de Otto; y por lo que hace a la madre, como deseaba ocultar la irregularidad del nacimiento de Lucía, que era hija natural, pasó por todo, y si consintió en que figurara en el contrato la suma de 900,000 francos fué porque esto lisonjeaba su vanidad.

Si se puede decir que fué engañada, añade el defensor, también es justo agregar que por su parte engañaba al novio de su hija.

El abogado imperial, que tomó después la palabra, aunque no admitió la nulidad del matrimonio, pensó sin embargo, que había lugar a declarar nulo el contrato matrimonial por causa de dolo, y a pronunciar por causa de ingratitud la revocación de las donaciones hechas por Lucía a su esposo.

Asimismo lo resolvieron los jueces, de cuya manera la fortuna de Lucía Avrial y de sus hermanos, no pasará a manos de Otto Stern, el elegante de Dieppe.

El caso parece extraño a primera vista; pero reflexionándolo bien, se comprende que el modo de hacer hoy los casamientos, es muy ocasionado a engaños de este género.

Con tal de que las fortunas se hallen en armonía, es todo lo que se exige cuando se trata de un enlace matrimonial concertado en un baile, en un encuentro fortuito, si es que no terciar en el asunto uno de esos agentes que exponen en los anuncios de los diarios las ventajas de los que a ellos acuden, y que en efecto, preciso es confesarlo, tienen bajo el concepto de la fortuna una gran clientela.

En cuanto a los antecedentes de los futuros esposos, eso es lo de menos. Se da por sabido que el hombre ha debido correr mundo antes de casarse, y no se le pregunta hasta qué punto ha podido comprometer su porvenir en estas correrías.

Sin embargo, a veces este olvido de los juramentos pasados suele producir escenas dramáticas como la que acaba de ocurrir en una iglesia de París no hace muchos días, y de la cual se ha ocupado toda la prensa.

El templo estaba adornado con todas las galas que se reservan para las ocasiones solemnes. A las doce en punto una hilera de magníficos carruajes iba llegando al pórtico de la iglesia, y de ellos se apeaban lujosamente vestidas las señoras convidadas a la ceremonia.

Por fin llegó el coche de la boda con sus correspondientes caballos blancos, y los dos futuros se apearon igualmente y se dirigieron hacia las gradas.

Mas en el momento en que el novio, seguido de un numeroso séquito de parientes y amigos, iba a penetrar en la iglesia, una mujer joven, vestida decentemente, que estaba en el interior cerca de la puerta, se adelantó a él, y levantando en sus brazos a una preciosa niña de siete u ocho meses, le dijo con voz conmovida:

— Esta hija es tuya, pero como no eres digno de llamarte su padre, me quedo yo con ella. Lo que te devuelvo es tu retrato; no quiero nada del hombre que me ha engañado villanamente.

Y con efecto, le arrojó a la cara una fotografía.

Los padres de los novios habían intervenido inmediatamente para que cesara aquel escándalo.

Rodearon a la joven de la niña y trataron de calmarla y llevársela; pero ella al retirarse exclamó mirando a su niña que estrechaba en sus brazos convulsivamente:

— Tu padre me abandona, mas este día le traerá desgracia; Dios le maldecirá, y a tí, hija mía, te protegeré siempre.

¡Qué espectáculo para la novia! Sostenida por sus padres, la llevaron a la sacristía medio desmayada.

Cualquiera diría que el proyectado enlace se deshizo; nada de eso: la misa se retrasó algún tanto; pero al fin todos se calmaron y la joven se dirigió al altar donde oyó los juramentos de su esposo, que la prometió una fidelidad eterna.

¡Qué cuadro de costumbres contemporáneas! Pasemos a los teatros.

En el de la Opera se prepara con gran solemnidad la primera representación del *Fausto* de Gounod, que tendrá lugar a principios de la próxima semana. Las noticias de bastidores dicen que la Nilsson es una Margarita inimitable. Parece ser que habrá decoraciones espléndidas y un lujo en el aparato escénico extraordinario.

El sábado último se ejeculó en los Italianos por primera vez en esta temporada *Un ballo in maschera*, en cuyo desempeño tomaron parte los primeros artistas que cuenta hoy la compañía italiana. Convenientemente ensayada, la ópera de Verdi, que cuenta bellezas de primer orden, y que muchos inteligentes colocan al nivel de *Rigoletto*, obtuvo una acogida favorable, y distintas piezas fueron aplaudidas con entusiasmo.

La Kraus desplegó en el papel de Amelia sus altas facultades dramáticas. La voz de esta cantante, velada y trabajosa cuando ha de expresar la suavidad del sentimiento, se purifica en los arranques de la pasión y en las luchas desesperadas. En el acto tercero, cuando va a buscar en campo solitario el poderoso talisman que debe libertarla de un amor criminal, tiene estremecimientos de terror verdaderamente admirables. Todo este acto, una de las más brillantes creaciones de Verdi, es un gran triunfo para la Kraus.

El papel de page estaba encomendado a la señorita Irma de Murska, una de las dos artistas contratadas últimamente para llenar el vacío, el gran vacío, que ha dejado en París la Adelina Patti. Ya anteriormente la Murska había cantado *la Sonnambula*, *la Lucia*, *la Linda*, *Rigoletto*, esto es, el repertorio más escogido de la incomparable artista que hoy hace las delicias de la corte de San Petersburgo.

La nueva artista no comienza ahora su carrera teatral; hace años que es conocida y aplaudida en Alemania, y ha venido a París precedida de una reputación que, desgraciadamente hasta ahora no se halla en camino de confirmarse. Su defecto capital está en que parece importarla muy poco el pensamiento del compositor: dotada de una voz brillante únicamente en las notas altas, desfigura por lo común cuantas piezas ejecuta con sus vocalizaciones interminables. El público, sorprendido a veces por su agilidad maravillosa, aplaude con energía; pero muy luego echa de ver que este talento de ejecución no tiene más que una cuerda favorita, y para eso hay que prescindir, como hemos dicho, de la idea del compositor que siempre ó casi siem-

pre se halla ausente. La música de Verdi rechaza mas que ninguna otra estos adornos exóticos, y así es que en la Gilda de *Rigoletto* se ha visto cuán incompletas son las facultades de la joven cantatriz húngara. Sin embargo, en el papel de page del *Ballo in maschera*, de mucho menos empeño que el de Gilda, y mas en su carácter, se hizo aplaudir repetidas veces.

Nicolini hace un excelente Ricardo, á pesar de sus implacables aspiraciones á tenor de fuerza, cuando tenia tan bien marcado su puesto en la finura y la gracia, y por último, el baritono Delle Sedie canta con su buen gusto de costumbre el papel de Renato.

Para el domingo próximo está anunciada la ejecución de la Misa inédita de Rossini, de que hemos hablado ya á nuestros lectores.

MARIANO URRABIETA.

El parque de Montsouris.

CREACION DE UN OBSERVATORIO CENTRAL DE FÍSICA Y DE METEOROLOGÍA.

La meteorología se halla en la cuna aun. La astronomía sobre la base de muchos siglos de paciente observación, ha llegado hoy á una perfección tal, que podemos calcular qué eclipses verán nuestros descendientes mas remotos; qué movimientos celestes tendrán efecto en un porvenir lejano cuando ya nuestros cuerpos reducidos á polvo y á gas pertenecerán á plantas, á animales y á hombres de una generación que habrá completamente olvidado á la nuestra. En el día podemos marcar á qué hora Venus pasará sobre el sol dentro de diez mil años y bajo qué forma los futuros astrónomos, aplicando la vista al telescopio observarán las cuatro líneas de Júpiter situadas á una y otra parte del planeta. Por el contrario, en meteorología, lo ignoramos casi todo, y no podemos prever qué tiempo hará mañana.

Sin embargo, están sentadas las bases de la ciencia del tiempo. Se conoce el peso de la atmósfera y las leyes que presiden al equilibrio de las moléculas. Se conoce el origen de los vientos, desde la brisa de la tarde hasta el huracán; sabemos de dónde viene el viento y á dónde va; sabemos qué papel desempeña el calor en el sistema de circulación atmosférica; cómo se forman las nubes y por qué causa se resuelven en abundante lluvia sobre las sedientas llanuras. La física moderna ha establecido los principios generales; mas para elevar la meteorología al estado de ciencia individual, para hacer de ella un cuerpo de doctrina cuyos fecundos resultados puedan compararse con los de la astronomía, falta la serie de observaciones simultáneas y extensas en una vasta escala que permita deducir por comparaciones la marcha especial ó local de ciertos fenómenos. Tiempo es ya de distinguir la meteorología de la astronomía y alejarla de las construcciones del observatorio, de constituir la ciencia de observación especial y determinada, en una palabra, de fundar en Francia, como se ha hecho en otras naciones, un observatorio de meteorología.

Así acaba de resolverlo el señor ministro de Instrucción pública, en su vasta concepción del progreso científico y en la noble dirección que da con una energía constante á todos los ramos de la ciencia contemporánea. El boletín del ministerio ha traído los elementos de la nueva administración, y vamos á resumir aquí las bases fundamentales del proyecto que ya se ejecuta. La creación de un observatorio central de física y meteorología, servirá grandemente á una ciencia cuya aplicación constituye para la agricultura y las riquezas territoriales, una era nueva y quizás una edad de oro.

Lavoisier, Laplace, Montigny, quisieron ya hace ochenta años establecer en Francia en varios puntos observatorios meteorológicos. Lavoisier pensaba «que no sería imposible publicar todas las mañanas un boletín con la predicción del tiempo,» y Romme en su Informe á la Convención sobre el telégrafo de Chappe, decía que los físicos podían ya anunciar las tempestades.

Esta idea francesa recogida medio siglo despues por los ingleses y los americanos, lo fué igualmente en 1842 por los fundadores de la Sociedad meteorológica de Francia y luego por el Observatorio imperial, donde á petición del mariscal Vaillant se estudió la marcha del terrible huracán que el 14 de noviembre de 1854 causó tantos siniestros en el Mar Negro. Las doscientas cincuenta Memorias enviadas por todos los meteorólogos de los países que sufrieron el azote, dieron lugar á la organización meteorológica del Observatorio, y uno de los primeros actos de M. Duruy, fué fomentar estos estudios. Ejecutáronse trabajos importantes, se establecieron en Francia y el extranjero numerosas correspondencias telegráficas; se han dado á luz en un boletín cotidiano, mapas y obras, y finalmente, enviando á los puertos de mar las previsiones del tiempo, se han hecho grandes servicios á la marina y al comercio.

Ahora bien, como el Observatorio imperial se halla consagrado á la astronomía, é importa mucho no desnaturalizar el carácter de este gran establecimiento, sin destruir nada de lo que existe se va á dar á la meteorología la existencia independiente que tiene en otras naciones. En Inglaterra, Prusia, Rusia, Austria, Italia,

Holanda, Suecia, Noruega y Turquía, y en el nuevo mundo, los Observatorios físicos son absolutamente distintos de los Observatorios astronómicos, como las dos ciencias lo son por sus métodos y asunto. La división racional del trabajo es la condición del progreso en la ciencia como en la industria. Además la meteorología ofrece un campo bastante espacioso para que muchos puedan sacar cosecha.

La creación de un Observatorio físico central habria exigido mucho dinero para la compra del terreno y las construcciones, y el municipio de Paris ha tomado por su cuenta este gasto que el presupuesto del ministerio habria cubierto difícilmente.

En el nuevo parque de Montsouris, al extremo del barrio de las Escuelas, en un punto desde el que se descubre casi todo Paris y á donde los vientos del Norte llevan rara vez el humo y el polvo, el Consejo municipal abandona en usufructo á la Universidad una superficie de una hectárea, y en medio reconstruye el famoso palacio del bey de Túnez, con sus terrados y sus cúpulas, que fué una de las curiosidades de la Exposición universal, cediendo el uso al ministro para que instale allí á la meteorología.

Los primeros puntos sobre los cuales se llamará la atención especial del nuevo observatorio son los siguientes:

Un riguroso estudio de todos los elementos que representan el clima de la cuenca de Paris, y de todos los fenómenos que interesan á la física terrestre, aquí producidos.

Un trabajo general de discusión y cálculo de las antiguas observaciones, trabajo que han mandado hacer ya Inglaterra, Prusia y Austria;

Un trabajo análogo sobre los documentos recogidos diariamente, en Francia y el extranjero, en los observatorios públicos y privados, y que se comuniquen al observatorio central;

La publicación cotidiana ó mensual de los resultados á que conduzcan estos estudios, ya para las partes mas elevadas de la ciencia, ya para las aplicaciones prácticas que de ellos se deduzcan.

La meteorología está hoy en el punto en que se hallaba la astronomía antes de Kepler, quizá antes de Copérnico; parece á punto de salir de su oscuridad para elevarse por fin á la condición de una ciencia constituida.

Para llevar á buen término esta obra, el señor ministro ha instituido el 16 de diciembre último, una primera comisión encargada de preparar la organización del observatorio meteorológico de Montsouris, la cual dará su parecer:

- 1º Sobre el conjunto de los trabajos en que habrá de ocuparse el nuevo observatorio;
- 2º Sobre el personal del establecimiento;
- 3º Sobre los instrumentos necesarios;
- 4º Sobre el cálculo probable de los gastos.

La comisión ha comenzado su tarea. De paso diremos que no ha olvidado la aplicación de la aerostación al estudio directo de la atmósfera. El ministro ha recibido un informe especial sobre las pruebas hechas en Francia y los notables estudios de Greenwick. Considerando los servicios que han hecho ya á la ciencia las ascensiones aeronáuticas, la comisión señala un lugar especial á este género de estudios.

La planicie de Montsouris es todavía un desierto que parece á cien leguas de Paris. Por la tarde, al ponerse el sol, la vista de la ciudad al Norte, produce un efecto grandioso; el perfil de los grandes edificios se destaca en el crepúsculo y desde el pabellón del bey de Túnez, cuyas cúpulas dominan ya el espacio, la vista abraza un maravilloso horizonte. Muy luego el verde follaje y las bulliciosas cascadas adornarán esa soledad y Montsouris será conocido no solo por el recuerdo de las catacumbas, sino por la gloria y fecunda actividad del nuevo establecimiento científico. C. F.

El castillo del Vivier (Francia).

Las ruinas del castillo de Nuestra Señora del Vivier cuyo dibujo damos, constituyen seguramente uno de los monumentos mas curiosos é interesantes, bajo el punto de vista histórico, para el artista y el arqueólogo amantes de los recuerdos de la edad media.

Esta antigua residencia de Carlos V y Carlos VI existía ya á principios del siglo XIII, y pertenecía á los condes de Champagne y de Brie.

Posteriormente el Vivier fué vendido por uno de sus propietarios á Felipe el Largo.

Carlos V fundó allí en 1352 una colegiata bajo la advocación de Nuestra Señora, colegiata que se componía de catorce eclesiásticos, que recibían cada uno quince libras anuales.

El hijo de Carlos V, el desdichado Carlos VI, estuvo á menudo encerrado, durante su demencia, en el castillo del Vivier.

Cuando sobrevinieron las desastrosas guerras que destruyeron y arruinaron á la Francia en las épocas de Carlos VI y Carlos VII, el castillo del Vivier cesó de estar habitado por los reyes, y llegó á deteriorarse de tal modo en tiempos posteriores, que Luis XIV suprimió la colegiata y reunió los canónigos con los de la Santa Capilla de Vincennes.

Desde entonces el castillo quedó completamente aban-

donado á las lechuzas y los cuervos que se guarecen allí de dos leguas en contorno.

Las ruinas son aun muy imponentes, y sobre todo muy pintorescas. La capilla que ocupa el centro del dibujo no tiene techumbre; en los muros laterales se reconoce la arquitectura elegante y florida del siglo XIV.

En medio de la nave hay una tumba bien conservada, y es la de un tesorero de la capilla llamado Dono, que falleció en 1536. Al borde de la lápida sepulcral se lee el nombre del constructor JEHAN PARIS.

En la torre ruinososa que se ve á la izquierda, estaba la escalera del torreón, del que apenas quedan algunos vestigios. La sala de los guardias, muy bien conservada, existe aun á la entrada de esta torre, que estaba defendida por un puente levadizo y un rastrillo, cuyas ranuras se distinguen en el marco de la puerta ogivada por donde se entraba al edificio.

Las excavaciones practicadas por orden de M. Parquin, dueño del castillo hace treinta años, produjeron varios descubrimientos interesantes, á saber: una piedra tumular de un duque de Orleans, la cabeza de un rey de Francia, un fragmento de manto real de color azul con flores de lis doradas, y una cabeza de mujer con cintas doradas.

Tambien se encontraron calabozos en forma de embudo al revés, y en uno de ellos un esqueleto y un cráneo. La mayor parte de estos objetos figuran en el gabinete de antigüedades del nuevo castillo del Vivier, cuya construcción es de principios de este siglo.

El Vivier, que perteneció hace algunos años á la princesa Bacciochi, está situado á la orilla del camino de Melun á Meaux, á once leguas de Paris. Frecuentemente le visitan los artistas. Nuestro dibujo es exactísimo. El punto de vista está tomado del borde del estanque, porque por ese lado se presenta el Vivier bajo su aspecto mas pintoresco é interesante. C. L.

El Voluntario.

NOVELA.

(Conclusion.— Véase el número 842.)

El batallón se puso en marcha. Scévola silbaba una canción patriótica. Brutus Toussaint dirigía terribles amenazas á los austriacos que encontraba en la calle. M. de Piennes, que les seguía, iba mirando y requebrando por última vez á las muchachas guapas de Maguncia, que se reían en vez de enfadarse.

Justamente debía pasar el batallón por delante de la casa de Isabel.

Miguel recordaba aquel día en que le llevaron allí moribundo; ¡Cuánto tiempo habia pasado! ¡Qué horas tan largas! Y hé aquí que todo estaba á punto de concluir: parecía que habia tenido un sueño, que nada habia sucedido.

Sin embargo, sus ojos se levantaban hácia las ventanas cerradas con una avidez trémula, con una ansiedad suplicante.

Cuando pasó vió una mano que temblaba con un ramillete de no me olvides que ataba una cinta tricolor, aquella misma cinta que ella habia recogido...

El batallón dió vuelta á la esquina de la calle.

Todo desapareció. ¡Adios fantasmas!

M. de Piennes cantaba ahora tambien y se distinguía ya el puente del Rhin con los soldados que desfilaran orgullosamente, la frente erguida ante el enemigo.

El ejército de Maguncia pasó á la Vendée, y penetró con bayoneta calada en aquellas zarzas, en aquellas retamas tras de las cuales se guarecía el enemigo. Rechazó arduosamente á las bandas del ejército real y en aquellas atroces peleas donde Bourboite y Kleber destruían á los vendeanos, los intrépidos de Maguncia marchaban adelante, dando su vida, dando su sangre.

Verdad es que sus filas se aclaraban. Los blancos concluían la obra de los granaderos prusianos, de los húsares sajones y del hambre. Pero ninguno de ellos murmuraba.

Lo mismo en los altos que en las marchas, Miguel pensaba en aquel idilio alemán, en aquel sueño entrevisto á orillas del Rhin y que con tanta rapidez se habia disipado. El fin fué trágico. Dos palabras de Isabel noticiaron al voluntario errante, condenado á la guerra civil despues de haber deseado la paz universal el funesto desenlace de la historia.

La joven le escribió diciéndole:

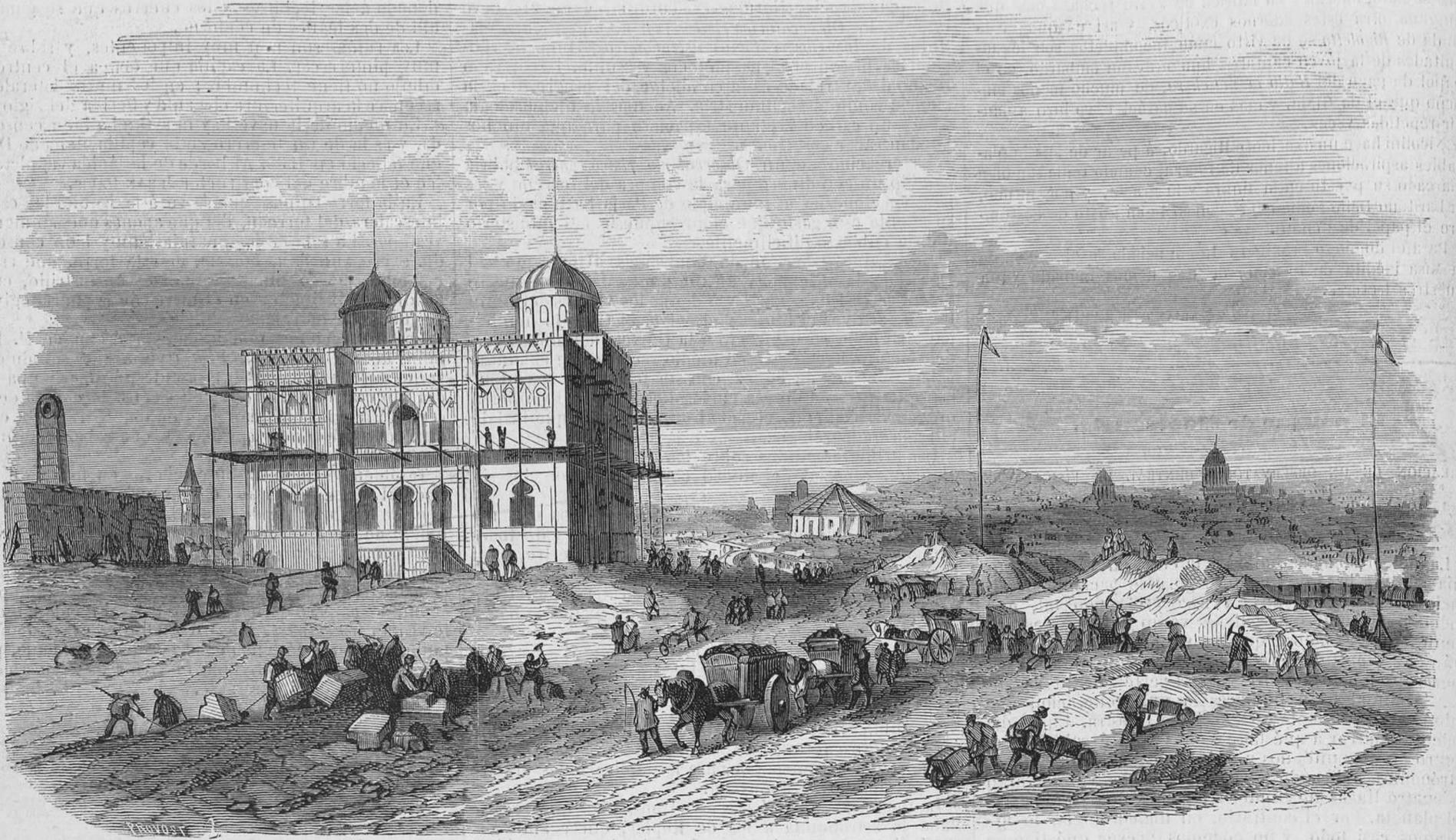
«Otto ha sido fusilado. Estoy viuda; pero me queda el niño Frantz. Olvidadme.»

¡Olvidarla! Miguel no podia olvidarla. El dulce recuerdo de Isabel se mezclaba con su ardiente amor á la patria.

Miguel queria conservar aquel resto de ternura única, como un secreto amargo, saboreado en silencio y mas querido, y mas poderoso y mas profundo por su misma amargura.

El voluntario habia jurado morir con las flores secas y la orgullosa escarapela en el sombrero.

Una noche que estaba apostado en una casita medio incendiada y cuyas cuatro paredes derruidas ofrecían apenas un abrigo contra la lluvia, Miguel Verdure veía en tanto que M. de Piennes, apoyado en el marco de una ventana sin vidrieras, miraba la noche. Los sol-



PARIS. — Estado actual de las obras del parque de Montsouris. — El nuevo observatorio de física y meteorología.

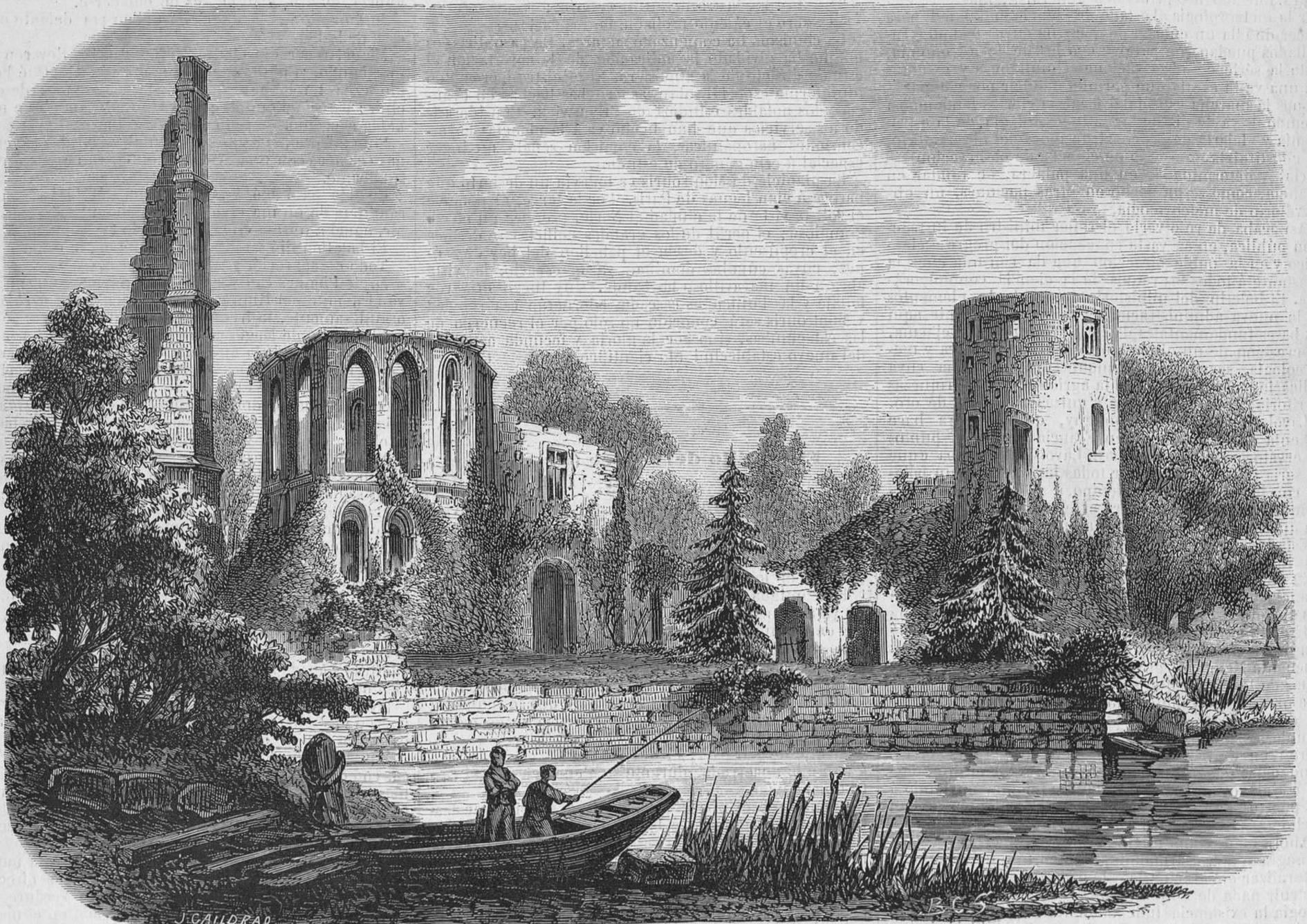
dados jugaban en torno de una tea, con una baraja grasienta. Miguel pensaba en los ausentes, pensaba en los muertos. M. de Piennes en aquella noche negra, lluviosa y triste miraba al centinela (era Brutus Tous-

saint) que se paseaba en el fango. Scévola tarareaba alegremente una canción patriótica contra la nobleza.

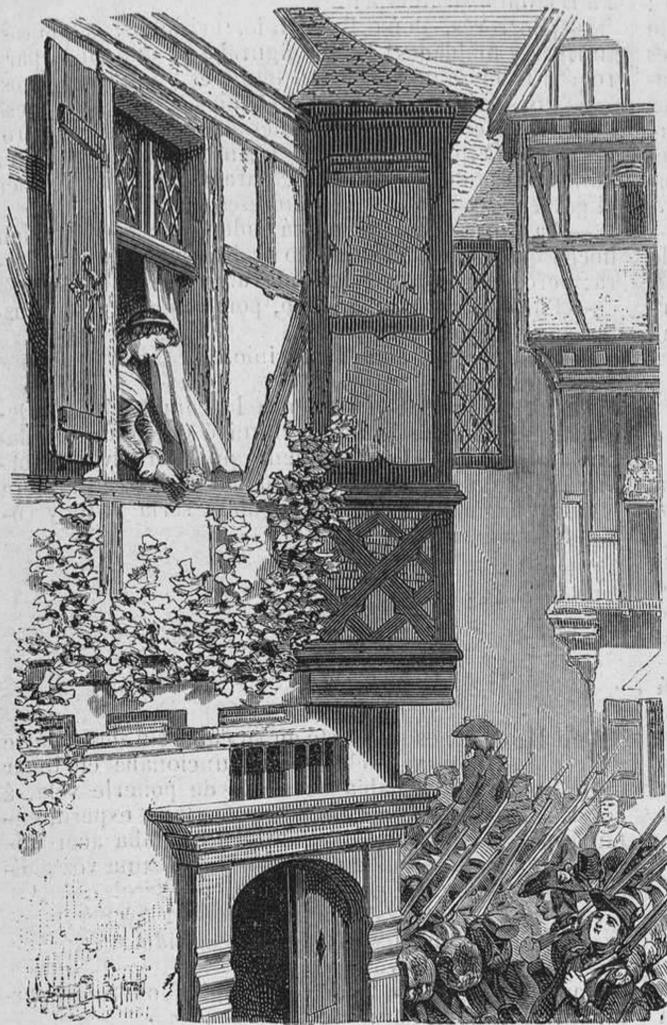
M. de Piennes se volvió diciendo:

— ¿Hay algo mas desagradable que una ventana sin

vidrieras, con un tiempo como este? Vamos á ver, ciudadano Miguel, ¿en qué pensamos? ¡Cuidado con el esplin británico! Mirad ese hermoso cielo de Francia negro como la tinta: ¿no os alegra mirarle?



El castillo de Nuestra Señora del Vivier (Francia).



El batallón volvió el esquinazo de la calle.

Miguel, como quien sale de un letargo levantó la vista y contestó:

— Teneis razon, la frente alta. Necesitamos no amilanarnos por nada.

— ¿Lo decís porque esos campesinos creen ternos cerrados y nos darán mañana el asalto? Lo mismo me importan á mí sus guadañas que un resfriado. Dejad que venga el día.

— Es que nos atacarán esta noche.

— Mejor que mejor, yo no tengo sueño. Una batalla es un remedio seguro contra el insomnio.

Hubo una pausa. Scévola continuaba cantando:

Tenia un conde su nobleza
Bien escrita en pergaminos;
Cuando un maldito raton
Se comió todos sus titulos.

M. de Piennes se echó á reír.

— A ver el estrilillo.
M. de Piennes entonó alegremente:

¿Por qué diablos su nobleza
Estaba entre pergaminos?

En aquel momento se oyó la voz de Brutus Toussaint que echaba un ¡quién vive!

— ¡Alerta! dijo Miguel.
— ¿Quién vive? repitió el centinela.

Se oyó el ruido de un doble disparo y todo el mundo se puso en pié. Los soldados tomando apresuradamente sus fusiles se arrojaban fuera de la casa é interrogaban á la noche.

— Allí están, dijo Brutus á Miguel con voz ronca y jadeante; allí, allí...

Y señalaba en la sombra un punto invisible.

— ¿Qué tienes? ¿Estás herido? preguntó Miguel, á quien chocó sobremanera el sonido de la voz de Brutus.

— ¿Qué tengo!... ¡Tengo lo bastante para ir al otro mundo! Una bala en el vientre... Bribones... No le hace, ¡viva la república!

Y cayó sobre sus dos rodillas en el fango.

Miguel, cuyos ojos se acostumbraban á ver en la oscuridad, miraba una masa negra delante de sí, un encinal donde debían estar escondidos los blancos.

— ¡Esperemos!

El pequeño destacamento, con las armas preparadas, se apiñó lo mas posible para formar un punto mas pequeño aun en aquel rincon de tierra donde todo les era contrario.

— ¡Si siquiera atacaran al instante! decia M. de Piennes. No hay cosa mas cansada que el esperar.

Habríase dicho que eran una señal estas palabras pronunciadas en voz baja. Media docena de disparos surcaron las tinieblas de aquella negra noche. El grupo de voluntarios osciló y se oyeron algunos suspiros. Miguel sintió sobre su hombro la cabeza de Scévola que se apoyaba en él, y un licor caliente corrió por su cuello... era la sangre de Scévola.

— ¡Fuego! gritó.

Estaba loco de rabia.

El destacamento habia contestado ya. El ruido sordo de los cuerpos que caen, el sonido de las armas, los ayes de los heridos que no se ven, se cruzaban en aquellas sombras.

— Volvámonos á la casa, dijo Miguel, son muy numerosos; defendámonos en la casa.

— No puedo andar, dijo M. de Piennes; tengo una pierna rota.

En el mismo instante, como una tribu salvaje que hubiese saltado sobre el enemigo, los blancos se precipitaron sobre los soldados, con la bayoneta calada y lanzando gritos terribles. Los voluntarios estaban cercados; ni uno solo podia escaparse. Así es que se batián con desesperacion, cuerpo á cuerpo. Las armas, los puñales se hundian en los pechos. Se asian por la garganta, y se arrastraban aullando en el lodo y en la sangre. Miguel daba sablazos al acaso, continuamente; mas de pronto se sintió herido en la pierna y dió un grito horroroso. Era que le aserraban la pierna con una hoz. Cayó y se precipitaron sobre él. Sintió unas uñas que se le clavaban en el rostro. Luego le ataron fuertemente. Veia agitarse en la sombra unas siluetas trágicas, unos demonios armados.

— ¡Matadme, pues! decia.
La lucha continuaba; veinte hombres contra quinien-



¡Quien vive! gritó Toussaint.

dirigirle una sonrisa siniestra; le estaban quemando los piés; le calentaban.

— ¡Cobardes! ¡ah, cobardes! exclamó Miguel.

— No hagais caso, ciudadano, murmuró M. de Piennes con una voz débil: estos señores se están divirtiendo.

— ¡Miserables! Morireis fusilados, dijo Miguel.

— ¡Paciencia! respondió uno de los jefes, que tenia toda la traza de un carnicero; paciencia, mozaibete, que ya te llegará el turno.

— ¡Y no grita! exclamó otro amenazando á M. de Piennes con el puño cerrado.

— Soy de carácter taciturno, respondió el marqués, sonriéndose de nuevo.

Y miró á Miguel.

Pero un instante despues, y á pesar de todo su valor, lanzó un grito y cayó desmayado.

— A ese ahora, dijo el jefe señalando á Miguel.

— ¡Viva la patria! exclamó el voluntario; ¡viva la república!

Tomaron á Miguel atado y le arrastraron hasta que tuvo los piés en la lumbr.

Miguel lanzó un grito penetrante, un grito siniestro, agudo, atroz.

Haciendo un movimiento terrible, se soltó de las manos que le sujetaban, rompió sus cuerdas, y saltando como un loco cuyas fuerzas se aumentaban con el delor, se precipitó sobre la bayoneta de un blanco.

El arma atravesó su corazon. Asomó á sus labios una espuma encarnada, y

con los brazos abiertos cayó al lado de la hoguera.

— Menos trabajo, dijo uno de los hombres.

— Seamos humanos, respondió el jefe. Este puede respirar todavía.

Y apoyando una pistola sobre la sien de M. de Piennes, le hizo saltar la tapa de los sesos.

J. C.



Los blancos degollando á los republicanos.

tos quizá. Llevaron á Miguel Verdure al caserío en donde los republicanos debían pasar la noche.

Los blancos habian encendido en los restos de la alta chimenea una hermosa lumbr que bañaba aquellas paredes, medio demolidas, con un reflejo encarnado. En torno de la lumbr, acurrucados y alegres, con la cruz en el sombrero y su señal en la chaqueta, los blancos se reian. Miguel miraba.

M. de Piennes, con la frente ensangrentada y las piernas al fuego, se volvió hácia él y tuvo fuerzas para

con los brazos abiertos cayó al lado de la hoguera.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

2º Si le consta que Manuela Valdivia le cortó un dedo á Cecilia; y dijo que le consta.

3º Si le consta que Manuela Valdivia peleó contra los policías y los comisarios en la calle del Caucho, en el motin que se levantó contra las autoridades y contra la ley del 18 de mayo; y dijo que le consta.

4º Si le consta que en uno de los bailes hubo una pelea entre los comisarios y un sabanero llamado José Fitatá, criado de un señor Demóstenes Bermúdez, originada por querer bailar el expresado sabanero únicamente con Manuela Valdivia; si no es cierto que José y Manuela viven bajo un mismo techo, y que en ausencia de don Demóstenes se la pasan conversando juntos en la cocina, y en ocasiones cuando la moza Marta va á la casa de Manuela y don Demóstenes Bermúdez está ausente, José Fitatá las mece en la hamaca del expresado don Demóstenes hasta hacerles tocar las vigas con los piés; y dijo que le consta.

Y leida que le fué su declaracion se ratifica en el juramento que tiene hecho, por ser verdad todo lo que tiene expuesto, y no firma por no saber, y lo hace á ruego por él el señor Matías Urguijo.»

Vió don Demóstenes que habia cinco declaraciones por este tenor, tan iguales todas que no discrepaban ni en una coma; vió que en la causa general estaban acusadas todas las personas del partido de Manuela que habian funcionado en la gran pelea, y volviendo á poner todo como estaba en la caja del archivo, pidió licencia de ver á los presos, y el señor juez le abrió la cárcel de hombres, en cuyo lóbrego recinto alcanzó á ver que relumbraban los ojos de Ayacucho, el cual saludó á su amo con un triste lamento.

— ¡Oh mi fiel compañero! le contestó don Demóstenes, ¿Vd. tambien de conspirador contra la ley del 18 de mayo? No me lo hubiera yo figurado.

— Y yo tambien, mi patron, dijo José, por defender la marrana de la niña Manuela y por defender á mi compañero Ayacucho. Pero tengo esperanzas de que su merced no me ha de dejar pasar la noche en esta prision de Satanás. Las pulgas y los chiribicos me tienen ya casi seco, y colgado de una pata en este cepo tan alto; y una sed que ya no puedo mas.

— Quién sabe cómo será la salida, porque estás encausado por andar en malos pasos con Manuela.

— ¿Yo? mi amo. Ni me lo he soñado.

— Los testigos declaran que te la pasas jugando y conversando con Manuela cuando yo no estoy en la casa.

— Eso es porque la niña Manuela me mira con cariño por atencion á su merced, y lo mismo lo hace con Ayacucho.

— La salida es de un muisca; sin embargo, yo queria que te portases un poco mejor cuando yo estoy ausente. Haré todo lo posible porque salgas hoy.

— ¿Y yo, mi amo don Demóstenes? dijo el ciudadano Dimas, que estaba en el mismo cepo.

— Todos saldrán muy pronto, me parece. ¿Conque usted tambien?...

— Y lo que siento son las maticas; porque esa atollonrada de Pia, cuando yo no estoy por ahí cerca, ni grita, ni apedrea como debe ser, y les hace alto á las guacamayas por atender á lo que no le importa, y si ha caido venado en la trampa, ahí se lo comerán las gualas, porque Melchora no puede ir hasta allá; ó quién sabe si mi compadre le suelta la gata. Haga su merced todo empeño á ver si nos aflojan, que yo por lo que es mi parte les puedo dar mi juramento de no volverme á meter en otra.

Don Demóstenes logró sacar á su perro de la cárcel de hombres y pasó á la de las mujeres. Estaba un poco mas oscura la pieza, porque no entraba sino muy poca luz por la reja de gruesos travesaños de diomate. El piso era de polvo y basura, y las paredes tenian el color negro de la mezcla y de mil rayas hechas con carbon por algunas de las victimas del poder. En la mitad de la pieza estaba el cepo, un poco mas pequeño que el de los varones, y por cierto que no estaba desocupado. El olor de aquel calabozo era detestable, porque la falta de aseo y de ventilacion conservaban los miasmas de la putrefaccion para mayor tormento del sexo débil. Don Demóstenes se quedó aterrado, casi ahogado, y cuando se le aclaró un poco la prision, vió á la manca Estefanía sentada en uno de los extremos del cepo.

— ¿Es posible? exclamó don Demóstenes. ¿La madre de la hermosa y hospitalaria Rosa! ¿Y por qué la han puesto presa á usted?

— Porque me metí á espantar los perros de don Tadeo, para que no mordieran la marrana de la niña Manuela.

— ¿Solo por eso? ¡Oh Constitucion! ¡Oh leyes de mi patria! ¡Oh libertad, oh principios!

— El que nos ha conversado de libertad en esta parroquia es el autor de todo esto.

— ¿Y tú tambien, Paula, encantadora Paula? ¡En un calabozo mas detestable que los de la inquisicion de Sevilla! ¡Esto es insuportable, esto es increíble! ¡Aquello era en los siglos medios, y dirigido por las inspiraciones de los fanáticos mas inicuos y detestables; pero que

haya hoy cárceles hediondas y oscuras para sepultar en ellas á las señoras del pueblo, por una pelea de la calle! ¡Seguir hoy una causa, por la que irá una docena de victimas á gemir á la reclusion de Guáduas, esto es inaudito! ¡Y todo esto á doce ó catorce leguas de la capital de la república; y todo esto cuando los pueblos han comprado con su dinero y su sangre una Constitucion para vivir sosegados y respetados! ¡Oh, quién creyera que en el siglo XIX habiamos de ver Torquemadas y...

— Yo tambien estoy aquí, dijo Paula llorando, y estoy solamente porque no hago caso de las caricias de don Tadeo.

— No mas, Paula; no me digas mas, que bastante horrorizado me tienen los crímenes y las tenebrosas maquinaciones de un intrigante que se titula liberal, y es el monstruo mas detestable de todos los tiranos del mundo.

— Pero vea cómo me libra de ir á Guáduas, que yo le serviré y le quedaré agradecida.

— Eso no, Paula. Yo no soy de los que se valen de la ocasion para obtener servicios obligados. Yo no soy de los jesuitas de casaca ó de sotana, conservadores ó liberales, que dejan la estaca proverbial por un ligero servicio en las circunstancias apuradas de la vida. Eso se queda para los intrigantes de alcoba, de mostrador ó de oficina, que adquieren derecho á los servicios ajenos por precios que no son los corrientes en todas las transacciones comerciales de la sociedad decente. Yo voy á trabajar por libertar la parroquia del monarca que la oprime, y no exigiré recompensa alguna.

— Ojalá, dijo Simona, que estaba tendida en el suelo y con un pié metido en el cepo; porque ir á aprender á hacer tabacos tapados en la ciudad de Guáduas no es cualquier cosa, y maldito lo que sirven las tales tapas, que es lo primero que truezan con los dientes los que se fuman los tabacos.

— Pues adios, dijo don Demóstenes, y fe en el porvenir, que mañana serán todas libres.

Cuando salió don Demóstenes, se encontró con el alcalde en el corredor del cabildo, y le suplicó que soltase á todos esos infelices, prometiéndole que luego que la causa estuviese terminada, ellos volverian si los llamaban.

— Todos se van á soltar, dijo el ciudadano alcalde, menos el viejo Dimas; porque ese es un zorro que cogiendo la montaña, no vuelve á caer en mis manos, ni aunque le pongamos trampa de lazo.

— Yo le buscaré un fiador á satisfaccion del señor alcalde. No hay para qué tiranizar al pueblo con las leyes hechas por el pueblo. Las leyes lo único que deben hacer es prevenir los delitos.

— Sí, señor, dijo el alcalde: la igualdad y la libertad para todos los ciudadanos.

Al decir esto apareció un piquete armado de tres lanzas, dos garrotes y una carabina sin llave, trayendo dos jóvenes amarrados con lazos de fique. El uno era negro, pero bien configurado y bastante robusto; el otro era moreno, como de veinte años de edad, y de semblante humilde. Eran desconocidos ambos para don Demóstenes; pero su corazon humanitario se movió á compasion y preguntó al alcalde:

— ¿Qué crimen han cometido esos jóvenes?

— Son reclutas, señor.

— ¿Y por qué los llevan así amarrados contra todo el sentido de la Constitucion del 21 de mayo, que garantiza la libertad del pensamiento, y mucho mas la libertad de los brazos?

— Porque si se les afloja se van al monte; el gobierno ha pedido los reemplazos, y estos dos perillanes son los mas aparentes.

El alcalde le dijo á un hombre que habia llegado, que le pusiese el oficio de remision, y cuando la manca Estefanía oyó el nombre de Julian, dió un grito desde el fondo del calabozo, diciendo:

— ¡Mi hijo, mi Julian!

— Yo soy, señora madre, que me llevan para soldado porque me hallé en la pelea de esta mañana; pusieron guardias en el camino y me cogieron á traicion.

— ¡A traicion, con alevosía, con infamia! exclamó don Demóstenes; ¡pobres ciudadanos los de esta parroquia!

— ¡Pobre de mi hijo, que me lo quitan para que vaya á morir en las guerras de los hermanos contra los hermanos; pobre de mi hija Rosa cuando lo sepa! Señor don Demóstenes, por el amor de Dios, ¡empéñese para que no se lleven á mi hijo!

— No hay empeños que valgan, dijo el alcalde.

— Sáquenme de esta cárcel para decirle adios, para verlo por la última vez de mi vida.

El alcalde concedió la licencia, á tiempo que los conductores tiraban de los lazos á los ciudadanos granadinos para que marchasen.

— Hijo querido, le dijo Estefanía al servidor de la patria, ¡quién sabe si no volveremos á vernos! Lleve mi bendicion, y no vaya á valerse de las armas para ultrajar á sus iguales. ¡Adios, querido Julian!

Julian no contestó, sino que recibió la bendicion arrodillado y le dió la mano á su querida madre, pero no el abrazo, porque lo llevaban atado de los lagartos con los codos atrás; las lágrimas y gemidos no lo dejaron articular ni una sola palabra. Don Demóstenes tambien lloró, lamentándose de la suerte de una madre tan desdichada como Estefanía, y la de una patria no menos infeliz; pero los esbirros se reian de la escena como de un sainete. Un peso fuerte dió de limosna el caballero al hermano de Rosa. Luego se fué á comer y á dar cuenta de su comision.

— ¿Qué vió, don Demóstenes? le preguntó la señora Patrocinio á su huésped.

— ¡Horrores, doña Patrocinio, prisiones, calabozos, intrigas y maldades! No me figuraba yo que en la parroquia hubiese misterios tan temibles y tan horrosos.

— Pues así hay muchas parroquias, don Demóstenes; porque no falta un gamonal desapiadado, que se aproveche de la ignorancia y de la indiferencia, y tal vez de las divisiones del pueblo, para apoderarse de todo el gobierno y de todos los intereses.

— La causa de Manuela está endemoniada, y tan bien hecha que me costará mucho trabajo echarla por tierra; pero voy á acusar al monarca.

— Pues ándase con cuidado, porque él juega con usted como con un trompo.

— Riase de eso, doña Patrocinio.

— Pues ya verá.

Pachita y Ascension sirvieron la comida á don Demóstenes. Doña Patrocinio comunicó al defensor de Manuela, que hasta el dia siguiente no podria verla porque habia muchos espías al rededor de la casa, y era seguro que cualquier paso que diera seria visto y comentado por ellos.

XIV.

LO QUE PUEDE EL AMOR.

Don Demóstenes se acostó en su cama sin desnudarse y á oscuras, porque Pachita, que funcionaba en lugar de Manuela, no se habia acordado de ponerle vela, á causa del tumulto que toda la casa estaba experimentando por la revolucion. Seguramente estaba acordándose de la víctima del zarzo, cuando oyó una voz delicada que lo llamaba por su nombre:

— ¡Don Demóstenes, don Demóstenes!

— ¿Quién es? contestó, aplicando el oido.

— Soy yo, dijo la voz.

Don Demóstenes se levantó, y dirigiéndose á la puerta, volvió á preguntar:

— ¿Quién?

— Soy Manuela.

— ¿Manuela?

— Soy Manuela, ¿no le digo?

— ¿Pero en dónde hablas, que no lo entiendo, ó es que sueño seguramente?

— Estoy aquí, aquí, don Demóstenes.

— ¿En dónde, Manuela?

— Aquí en la puertecita del zarzo, pero no hable recio porque nos sienten. Bájeme de aquí, porque los policías van á rondar el entechado.

Don Demóstenes cogió á tientas los fósforos, que estaban sobre la única silla que habia en su cuarto, y encendió la vela. ¡Qué imagen tan bella, pero tan lastimosa se presenta á su vista! Manuela triste y abatida y cubierta toda de polvo, asomándose por la puertecita disimulada del zarzo.

— Y bien, le dijo don Demóstenes lleno de temor, ¿qué es lo que quieres?

— Que me ayude á bajar, porque los policías me vienen siguiendo los pasos; pero pronto porque me cogen.

Arrimó don Demóstenes la mesa al rincon que estaba debajo del agujero, y trepando sobre ella, extendió los brazos para recibir á su amada casera.

— Con mucho cuidado, dijo ella, porque ya sabe que soy cosquillosa.

Y se fué dejando resbalar para que la cogiese don Demóstenes. La puso el caballero sobre la mesa con mucho cuidado, y bajándose de un salto, la volvió á recibir para dejarla en el suelo.

A este tiempo se sintió ruido de armas en la sala, y prendiendo un pañuelo de seda en la baqueta de su escopeta, lo puso en la puerta de su cuarto á guisa de bandera, y tomando el revolver en la mano, se paró afuera y gritó:

— Señores: Yo soy el cónsul de Hesse-Cassel, y si alguno se atreve á insultar la bandera de esta nacion, yo daré cuenta legalizada, y pronto vendrá una escuadra que echará por tierra toda la parroquia á cañonazos, y cobrará tres ó cuatro millones de pesos fuertes por los gastos de la guerra. Ahora digo mas: esta pistola tiene cinco tiros, de manera que es mas que probable que caigan muertos los cinco primeros patanes que se me presenten.

La gente se salió en un profundo silencio, y cuando don Tadeo fué informado, se rindió á la ley de la necesidad, aunque les dijo á todos que él nunca habia oido nombrar esa nacion.

Don Demóstenes brindó la cama por asiento á Manuela, despues que trancó la puerta; se sentó en la silla, y contemplando á la víctima con una mirada profunda, le dijo:

— No me figuraba yo hasta qué punto alcanzaria la maldad de don Tadeo.

— Y lo que falta por ver, contestó la proscrita del zarzo. Ya verá Vd. las desgracias que vamos á ver en esta parroquia: prisiones, multas, destierro, incendios y muerte; y todo porque no he tenido la condescendencia de querer á don Tadeo. Usted me verá perseguida á fuego y sangre, y acuérdesese de todo lo que le digo.

— ¿Qué seria de la justicia, de la libertad, de la seguridad, si tal sucediese? ¡Oh Manuela! no desconfíes de la Constitucion y de las leyes, no desconfíes de los principios. Acuérdate del juramento que te hice de defender tu causa. Una feliz casualidad me hizo conocerte.

Al principio me sedujeron tus encantos: llegué á pensar que dominaria tu débil voluntad, porque te vi tolerante y cariñosa; pero al desengaño de mi orgullo se ha seguido la mas alta estimacion hácia tí. Hoy te respeto como á una señora y vivo agradecido de tus beneficios y de tus consejos y avisos. Yo haré todo lo posible por librarte de los males que te afligen.

— Yo le agradezco todas sus bondades, contestó Manuela; y es la verdad que de Vd. es de quien espero algun alivio para mi suerte. Yo sufro mucho y temo mucho un fin desgraciado, porque conozco lo depravado de don Tadeo, y lo inmoral de toda la gente de su pandilla. Corro mucho riesgo de ir á la reclusion de Guáduas, si logran cogermelos policías. Yo sé todo lo que me odian Cecilia y la madre, que son las mujeres mas perversas de todo el mundo.

— No temas que te saquen de aquí, salvo que me desquarticen primero. Estos miserables no se burlarán nunca de mí.

— No lo crea, don Demóstenes. Es que Vd. no sabe lo que es esta gente. Al verlos cree Vd. que son unos infelices, y les admite, y tal vez les agradece sus adulaciones; pero á sus espaldas se rien de Vd., porque son cavilosos y astutos para llevar adelante sus venganzas por debajo de cuerda. Yo lo que pienso es irme á esconder á la montaña, á la casa de mi comadre Pia, mientras que Vd. hace llevar á la cárcel á mi perseguidor.

— ¡Imposible, estando la parroquia alborotada como está!

— Me voy disfrazada, dijo Manuela, y esto tiene que ser en el momento, porque si me ponen la mano, ya sabe...

Al decir esto, se sintió un ligero ruido de pasos en el zarzo; Manuela dijo que eran los policías y corrió á esconderse detrás del ropero.

No tardó don Demóstenes en ver unos piés calzados con alpargatas asomando por la puertecilla del zarzo y en seguida todo el cuerpo de un hombre desconocido, que se deslizó hasta dar con el suelo y luego se vino acercando á la cama.

— ¿Qué busca Vd. en este cuarto que es inviolable? preguntó don Demóstenes al aparecido, cogiendo la pistola en la mano.

— Busco á Manuela, contestó el desconocido.

— ¡Esbirro miserable! ¿Cómo te atreves á perseguir á esta pobre criatura, estando asilada bajo un pabellon extranjero?

— Envuelta en el pabellon cargaré con ella.

— ¿Y la escuadra que vendrá á vengar el agravio?

— Esa llegará demasiado tarde.

— ¿Y la fuerza de mi brazo?

— La probaremos.

— ¡Malvado! tendrás el castigo que mereces. No saldrá Manuela de esta casa, sin que los tiranos me dejen hecho trizas. Ella no quiere salir, sobre todo.

— ¿Es decir que le pertenece á usted?

— Que está amparada y favorecida por mí.

— Entonces es la mujer mas vil.

— Es la mas digna de respeto, y márchate de mi presencia, esbirro miserable, antes de que te levante la tapa de los sesos.

— Me la llevaré por encima de Vd., dijo el aparecido desenvainando su cuchillo.

— Pues lo verás, dijo don Demóstenes montando la pistola.

— ¡No, por Dios, que es mi novio! gritó Manuela, botándose sobre don Demóstenes y cogiéndole la mano para que no disparase.

— ¿El? dijo don Demóstenes, y botó la pistola sobre la mesa.

— Sí, dijo Manuela; no lo veía hacia mucho tiempo y me alegro de verlo en estas circunstancias. Y lo abrazó con un cariño indecible.

— Yo lo tuve á Vd. por uno de los policías de la parroquia, dijo don Demóstenes, porque no lo había visto sino una vez, y de noche, y ahora me alegro infinito de conocerlo y de ponerme á sus órdenes. Dispénsame usted la equivocacion, y vea en qué puedo servirle... Lo que no me ha parecido muy en el orden ha sido el modo de entrar á mi alcoba, así, por sorpresa.

— Dispénsame, señor don Demóstenes, ¿porque yo qué iba á hacer? Figúrese Vd. que llegué hoy de Ambalema, en oculto, por supuesto, temiendo que me echase garra el gamonal, y luego que se hizo noche, traté de acercarme á esta casa, informado por las relaciones de ñor Tiburcio, de que Manuela estaba escondida en el zarzo, y como yo tengo conocimiento práctico de todo el zarzo, desde que estuve trabajando en los entechados, que fué cuando nos tratamos con esta niña, me vine por el arrabal y me entré por el portillo del corral, que conozco como la puerta de mi casa; subí al entechado, y como no la hallé en el primer cuerpo, la busqué mas adelante, y oyendo el murmullo de las palabras, me adelanté hasta llegar á la puertecita; y luego que oí conversar abajo, conocí la voz de Manuelita, me acerqué al uraco y lleno de contento, me bajé sin reparar en nada. Es muy cierto que yo lo he tratado á Vd. con un poco de mala crianza, porque me pareció que Vd. defendía á Manuela como cosa propia, negándome á mí el derecho. Tuve celos, señor don Demóstenes, porque el pensamiento es muy ligero, y usted debe juzgarlo por lo que le haya pasado en iguales casos. Y esto de hallarse esta niña aquí metida en su cuarto de Vd. y conversando tan á solas...

— Entre Manuela y yo no existen relaciones amorosas. Yo reconozco todo su mérito; la admiro, la aprecio como es debido; pero cosa de amores, ni pensarlos,

— Sería una crueldad quererla apartar de mi cariño, cuando estoy desterrado y pasando trabajos que solo Dios sabe, por quererme casar con ella. Y que la quiero como á las niñas de mis ojos, señor de mi alma.

— Yo me alegro de que Vd. haya venido tan á tiempo, dijo Manuela á su novio, pero temo que lo sepulten en una cárcel.

— Yo la saco á Vd. del pueblo esta noche, le contestó Dámaso.

— ¿Y los policías? preguntó Manuela con dolor.

— ¿Y mi puñal? contestó Dámaso, llevando la mano á la cintura.

— Nada se adelantaria, observó muy á tiempo don Demóstenes, porque esto no haria mas que agravar los padecimientos.

— Estoy resuelto á sacar á Manuela de aquí por encima de cuanto hay. ¡Pícaros! que por lo menos les cueste mucha sangre.

— Mire, Dámaso, estoy pensando en una cosa: salgamos disfrazados y aparte, ¿no le parece? Es muy seguro que ande gente por el pueblo á causa de los alborotos en que está la parroquia.

— ¡Siempre acierta la mujer en los casos mas apurados! exclamó don Demóstenes. Me parece magnífica la idea.

— Convengo, dijo Dámaso, en que salga esta niña disfrazada de aquí, y que se vaya á la montaña á la casa de la comadre, que de allí me la llevaré á otra parte de mayor seguridad.

— Sálgase, pues, adelante, y me espera en el chorro de agua, junto de los cucharos, dijo Manuela á su novio.

Puso don Demóstenes un sombrero de José y una ruana de su propio uso al novio perseguido, variándole los colores de la cara con tinturas que tenia sobre la mesa, de modo que quedó enteramente desconocido.

— La espero pronto, dijo Dámaso á Manuela, y salió de la casa con paso firme y denodado.

— ¿Y yo, qué hago para disfrazarme? preguntó Manuela á su protector.

— Vístete de hombre: es la manera mas segura.

— ¡Qué hago yo! que no me he vestido de hombre sino una sola vez en unos disfraces de Inocentes, y eso fué porque Marta me ayudó. ¿Y con qué me visto? ¡Ave María!

— Aquí tienes calzones, le dijo don Demóstenes, acercándose á su ropero; ahí está esa camisa, esa chaqueta y las botas.

— Botas no, don Demóstenes, porque esas me vienen grandes, antes esos calzones tendré que arremangarlos de los piés para arriba. Pero quítese de aquí usted.

Don Demóstenes salió por un instante, y avisó á doña Patrocinio la determinacion de su hija, pero le ocultó que se iba con el novio; miró luego para los extremos de la calle, y vió que habia gente apostada en varias partes, de lo cual informó á su casera con oportunidad.

— ¡Qué hermosa te hallas! le dijo don Demóstenes. ¡Qué compañía tan agradable va á tener mi cliente en estos dias! ¡Qué viaje tan dichoso por entre las selvas inhabitadas de los Andes! ¡Oh, Manuela! Que los bosques y las fieras te sean propicios, ya que la sociedad te persigue con sus rigores.

Doña Patrocinio entró á este tiempo, y ella y su alojado se despidieron tristemente de la fugitiva, la que no llevó sino un pequeño lio debajo de la ruana, en el cual echó su ropa y una petaca. Su traje era pantalon negro, chaqueta gris, ruana parda pequeña y sombrero de paja fino. Llevaba en la cara un pañuelo como si tuviera dolor de muelas. Las lágrimas le habian rodado por las mejillas al recibir el abrazo de su tierna madre. Una vez que salió Manuela, don Demóstenes encendió tabaco y se acostó en su hamaca, mecidiéndose con su baston como lo tenia de costumbre.

Manuela no tuvo novedad ninguna al pasar por frente de las casas principales. El corazon le palpitaba de gusto por la partida, de pena por la despedida, de amor y de esperanza por ir á reunirse con el objeto idolatrado de su corazon.

Miraba con cuidado el camino, que era el que conducía á la montaña. Antes de llegar al punto de la cita, divisó unos bultos, y haciéndose al lado de los arbustos, se acercó y oyó que hablaban, porque estaban en la via que llevaba, y conoció á Dámaso por la voz. Con él hablaba una mujer y le tenia puesta la mano en el hombro. Manuela se acercó por el lado de los cucharos, y alcanzó á oír estas palabras distintas, fuera de algunas que no comprendió:

— Lo conocí en el caminado. ¿Cómo no, cuando yo no he dejado de quererlo?

— ¿Luego todas las muestras que Vd. daba de querer á don Tadeo?...

— Esas eran invenciones de don Tadeo para que usted me aborreciera; ¿no sabe Vd. que don Tadeo lo hace todo á fuerza de monitas? Y Vd. fué tan inocente que se dejó coger... En fin, nosotros hablaremos despues: lo que importa es que Vd. se salve. Váyase, por Dios, mire que si lo cogen lo sepultan en el presidio. ¡Váyase, váyase!

— Pero dígame, Cecilia, ¿cree Vd. que don Demóstenes hará desterrar á don Tadeo, ó llevarlo á la cárcel de Bogotá?

— Yo lo dudo, porque sé lo pícaro que es el viejo. ¡Ojalá! porque entonces yo dejaria de ser esclava. Si yo sé algo... y como él me suele confiar... Mucho secreto, eso sí... con Liboria, mi hermana menor... ¡Oh, yo no pierdo la esperanza!... Pero Manuela... y de ese modo saldremos con bien... Pero, cuidado con que no lo vayan á saber...

— Me voy, Cecilia; así es que Vd. me mandará á avisar.

— ¿Pero dejarme?... Acuértese, Dámaso, de todo lo que yo he hecho por usted.

— Ya le digo lo que hay.

Manuela no pudo oír sino las palabras que quedan marcadas, porque la distancia y lo bajo de la voz no dejaban oír completamente. Los interlocutores se separaron, y ella siguió su camino trémula de susto, de rabia y de desesperacion. Quisiera volverse á reconvenir á Dámaso y á Cecilia, porque las palabras que oyó le parecieron sospechosas, y á las que no oyó les dió interpretaciones muy arbitrarias.

(Se continuará.)

Funeral

DE SU ALTEZA MATAIO KEKUANAOA.

(Correspondencia)

Honolulu 22 de diciembre de 1868.

Los restos mortales del padre del rey de las islas Sandwich, han sido trasladados hoy con gran pompa á su última morada. Contar la marcha del cortejo fúnebre por las calles de Honolulu, me parece inútil, y creo que mi dibujo dice mas que todas las descripciones.

Sin embargo, voy á señalar como una particularidad tan curiosa como interesante, una costumbre de las ceremonias fúnebres de este pais. A fin de refrescar el aire pesado que oprime el sueño del difunto, van unos chicos agitando *kasilis* sobre el féretro. El *kasili* es un largo plumero hecho con las preciosas plumas de los pájaros de los trópicos. Los antiguos jefes los usaban como abanicos; pero hoy se consideran como emblema de la majestad. Con efecto, el *kasili* aparece por do quiera se encuentra el rey. Reflejo de las cosas pasadas sobre las presentes, este ornato da á las ceremonias un sello de originalidad que tienden á quitarle las costumbres anglo-sajonas que se introducen mas cada dia en el archipiélago.

Despues de la ceremonia religiosa que tuvo efecto en el cuarto mortuario, los cantos plañideros cesan, y el pastor de la iglesia hawaiana, extendiendo sus brazos hácia la sombra del Kekuanaoa, pronuncia en canaco unas palabras bien sentidas, y le dirige el eterno ¡Alloha! Luego el rey se pone á la cabeza del cortejo, y el entierro se encamina lentamente hácia el mausoleo real.

Toda la poblacion estaba al paso del féretro, y en el momento en que entraba bajo la bóveda sepulcral, estallaron los sollozos de la muchedumbre mezcándose dolorosamente con la voz del cañon del fuerte, que anunciaba la llegada del viajero al término de su viaje.

L. N.

Las nuevas adquisiciones

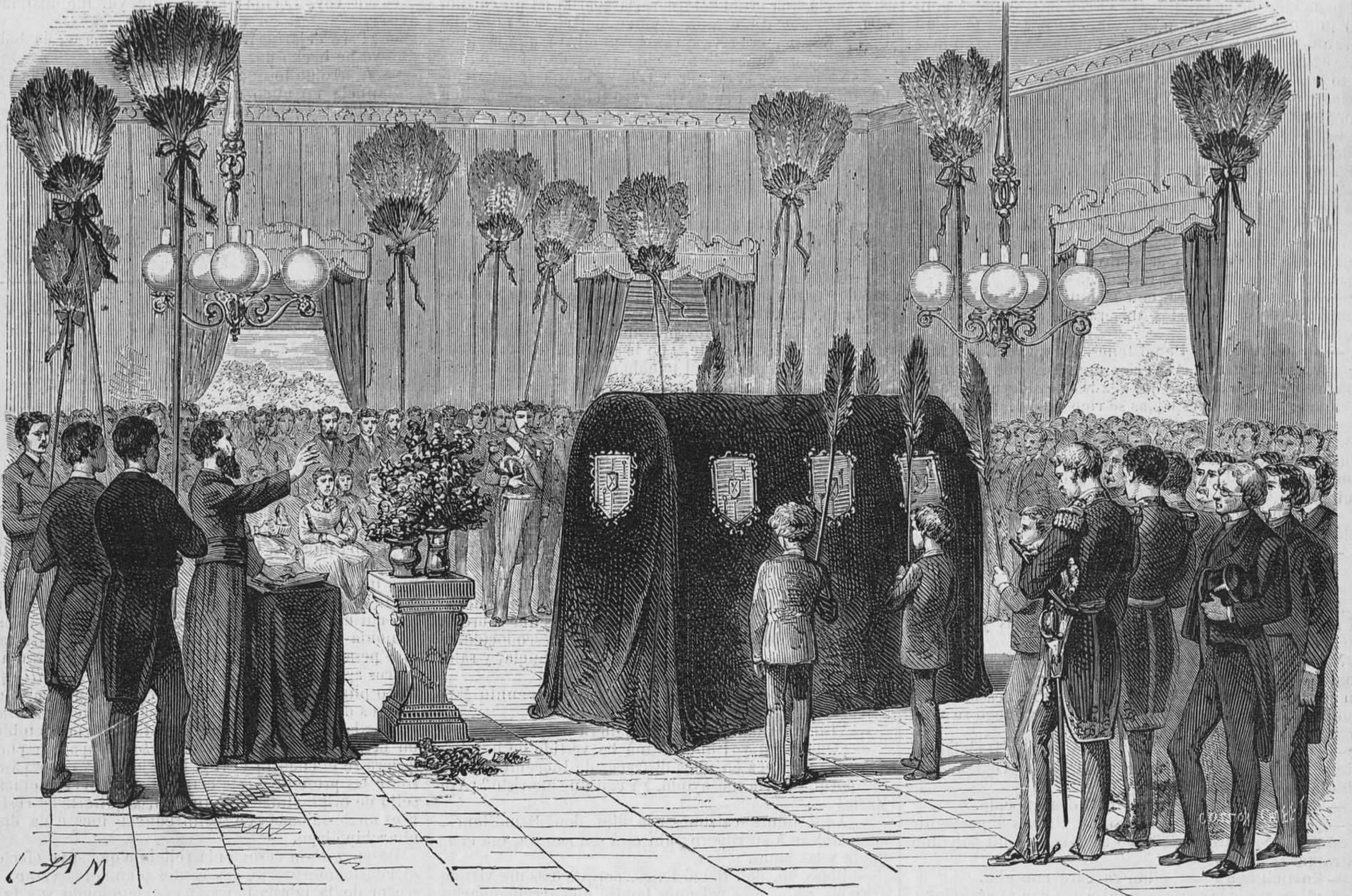
DEL JARDIN DE PLANTAS DE PARIS.

Un mensajero ó serpentario, un casoar de casco y un chabiru por una parte, y por otro dos antilopes-canna y un antilope lencoryx, tal es el balance de las adquisiciones mas preciosas hechas por la administracion del Jardin de Plantas de Paris desde fines del año último. Hablemos primeramente del mensajero, que se muestra tan vivo, tan familiar y tan alegre, cuando se le cuida bien, cuando no se le deja carecer de alimento. Cuando digo alimento, quiero decir carne. El mensajero está clasificado entre las aves de rapiña y lo es, no obstante sus largas patas que le dan la apariencia de una cigüeña. Basta mirar su cabeza para conocerlo. Tiene el pico engarabitado y acerado del águila y sus mismos apetitos. En libertad se alimenta con presas vivas, que caza y combate con tanta inteligencia como valor. Su mayor enemigo es la serpiente, pero como destruye muchas de ellas, tiene derecho á nuestra gratitud. Tampoco desdeña los lagartos, ni los sapos, ni las ratas. Roba poco y se complace en pasearse rápidamente.

Hace algunos años habia en el mismo Jardin de Plantas otro mensajero, que habiéndose roto una pata, se la pusieron de palo. Nada mas gracioso que ver á este inválido. Iba y venia haciendo sonar estrepitosamente aquella pata en el suelo de guijarros que habia en su recinto, en tanto que observaba con la vista, levantando las largas plumas de su cabeza, al mundo alado que vivia en su derredor.

El mensajero habita el Africa meridional y la India. El chabiru, es trasatlántico: viene de la América del Sur, donde puebla los sitios pantanosos, viviendo de insectos, de peces y de moluscos. Es un género muy parecido á las cigüeñas, aunque se diferencia de estas, sin embargo, por su pico tricolor enorme, comprimido y engarabitado hácia arriba. El chabiru puede llegar á 1 metro 60 centímetros de altura vertical. El del Jardin de Plantas tiene un metro.

Demos un paso mas, atravesemos el Pacífico, lleguemos á Nueva Holanda, tierra de las creaciones excéntricas, y estaremos en la patria del casoar, que es tam-



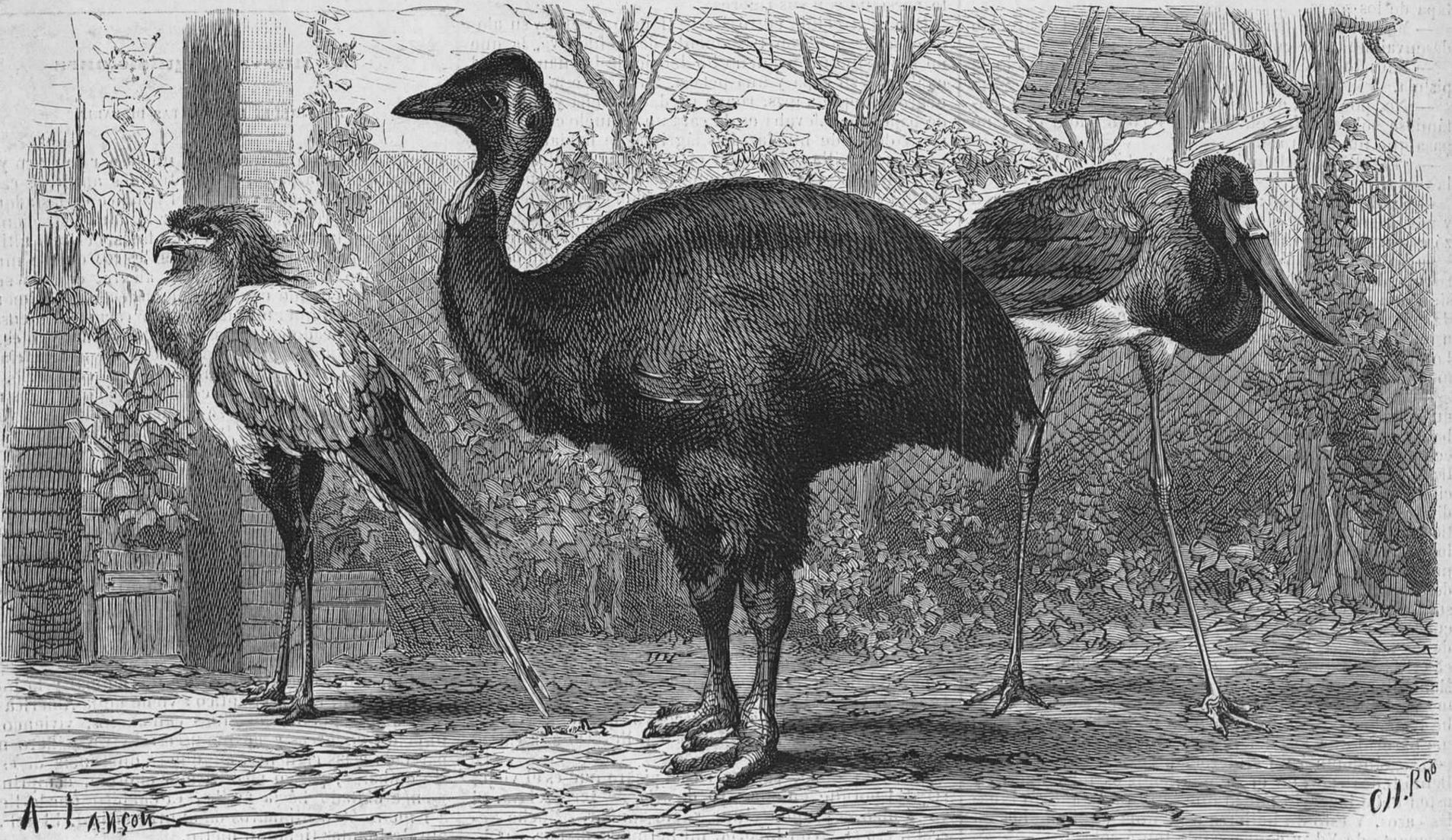
Islas Sandwich. — Funeral del príncipe Mataio Kekuanaoa, en Honolulu.

bien la del singularísimo kangaroo y del ornithorisco que tanto preocupó á los naturalistas. Sabido es que este mamífero tiene los pies palmados y un pico de pato. El casoar no podía mentir á su origen y debía necesariamente distinguirse también de alguna manera.

Con efecto, es un ave sin pluma, ó dicho de otro modo, su plumaje es un vellón. Por su forma, no por su bulto, recuerda al avestruz, menos las plumas que en él, á la extremidad de las alas sumamente cortas, están reemplazadas con puas agudas. Además tiene las carúnculas

del pavo, y su cabeza está coronada con una armadura huesosa, en forma de casco, de color oscuro por delante y amarilla en lo demás. Es tan gloton como estúpido. Próximamente hablaremos de los antílopes.

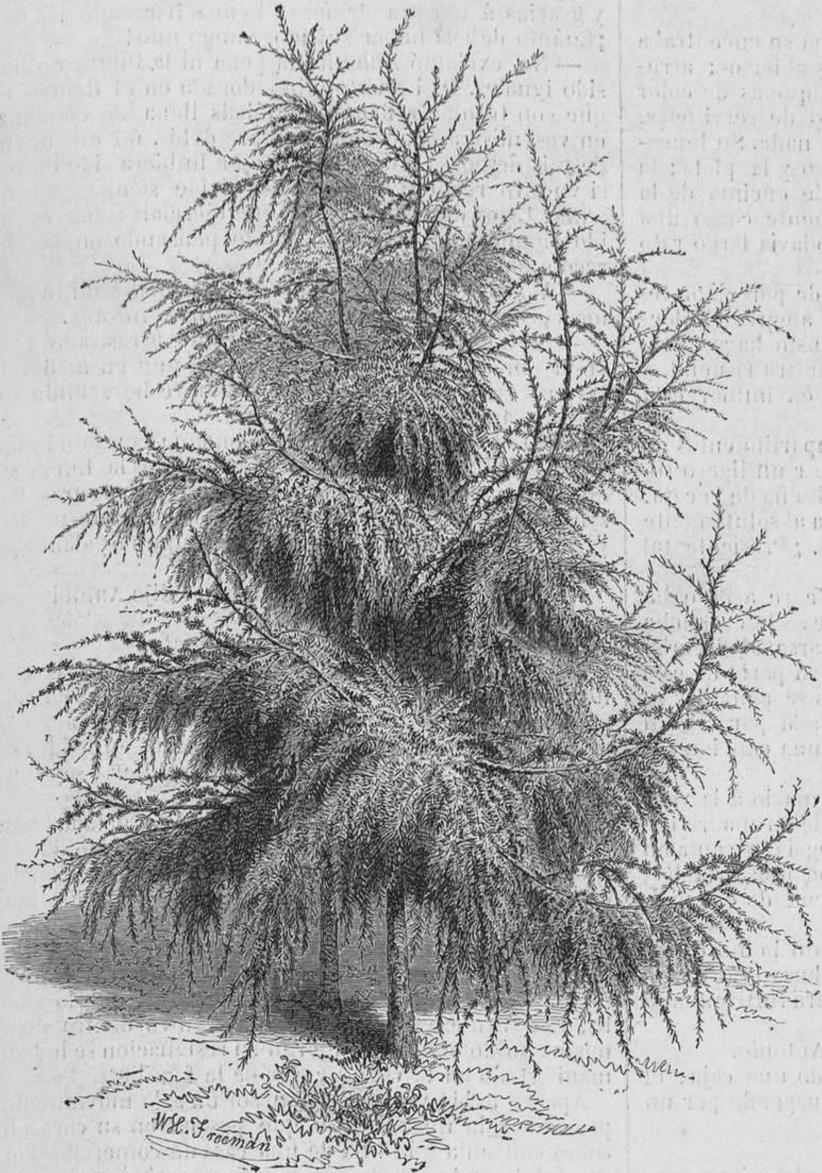
C. P.



Serpentario.

NUEVAS ADQUISICIONES DEL JARDIN DE PLANTAS.
Casoar de casco.

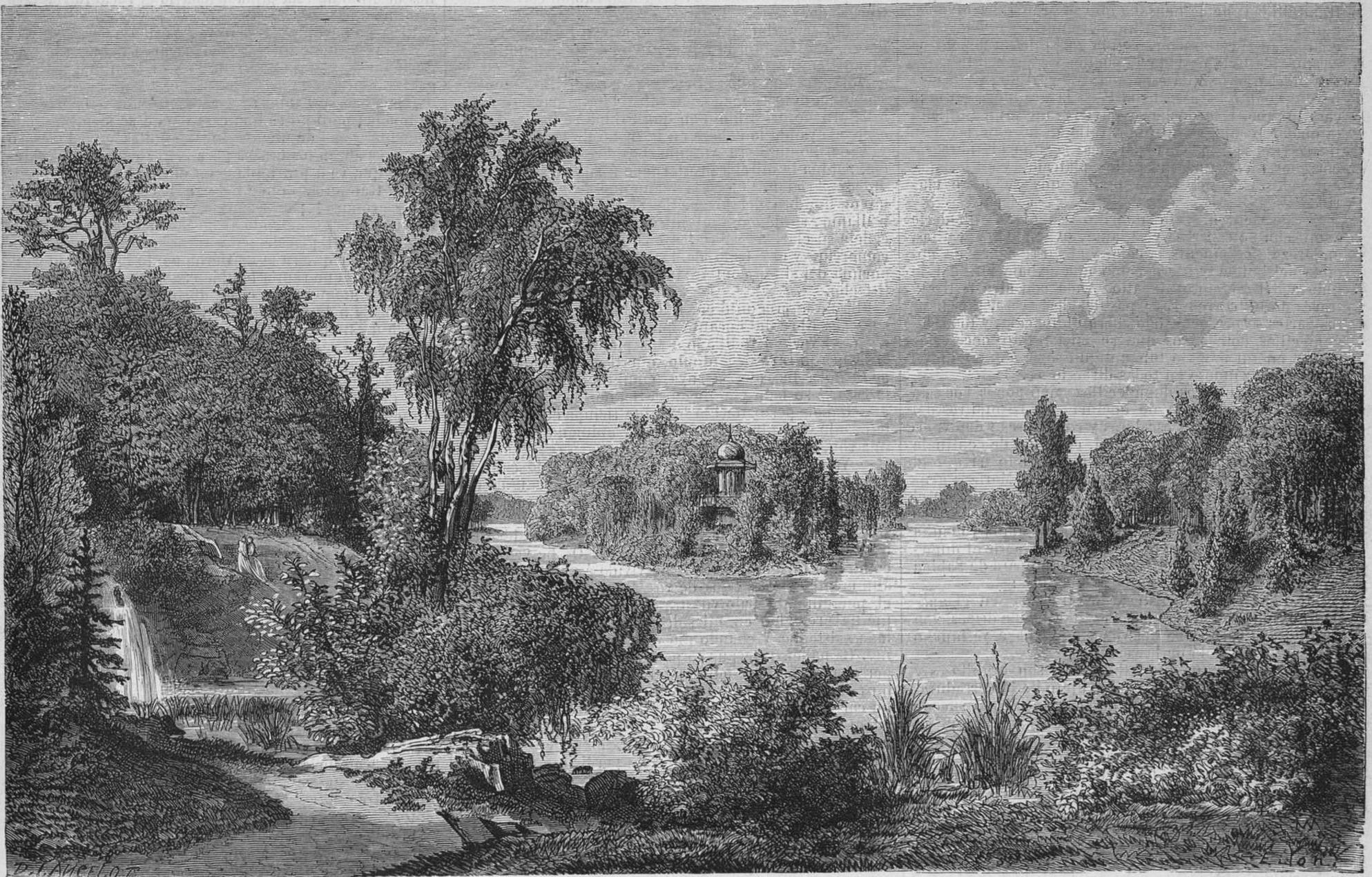
Chabiru del Senegal.



Larix Europæa endula.



Solanum macranthum.



Los paseos de Paris. — El iago del bosque de Boulogne.

Los paseos de Paris.

EL LAGO DEL BOSQUE DE BOULOGNE. — LAS PLANTAS EXÓTICAS.

En la página 173 damos una vista del lago principal del bosque de Boulogne, en cuyas márgenes se pasea todas las tardes la elegancia parisiense. Es verdaderamente un lugar delicioso, un paseo digno del nuevo Paris, tan monumental, tan espacioso y lleno de bellezas. En esas encantadas orillas, donde á esta hora, y gracias á la dulce temperatura de que disfrutamos, se ven ya las primeras hojas de la primavera, se encuentran plantas de todos los paises, tan notables como las dos que reproducen nuestros grabados.

El *Larix europæa pendula*, es entre todos los alerces la variedad que mas se emplea en los plantíos. Como todos los árboles que pierden sus hojas á la aproximación del invierno, el alerce, antes de despojarse, pasa del verde oscuro á uno de esos matices otoñales que hacen del mes de octubre la estacion mas poética del año; toma un matiz amarillo de oro, con el cual brilla antes de morir el follaje del alerce.

En la primavera este árbol presenta otro aspecto no menos agradable: se cubre al mismo tiempo que de sus hojas, de un crecido número de espiguitas de un color de violeta hermosísimo.

El *Solanum macranthum* es un magnífico arbusto del Brasil, que en los plantíos de Paris se encuentra aislado sobre los céspedes, y en un solo año se eleva á tres metros de altura. Es una de las mas bellas especies que haya cultivado la agricultura. El tronco es verde y tiene espléndidas hojas de 70 á 80 centímetros de largas. El *Solanum macranthum* se considera hoy en Paris como una de las especies mas estimadas.

P. P.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Una fresca noche en que la luna brillaba con toda su belleza, que todo el mundo dormía en la casa de M. Schröter reinando en los aposentos la calma y la tranquilidad, nadie pensaba que se preparaba á volver aquel que desde muy niño pertenecía ya á la casa, cuando su anciano padre con la gorra de terciopelo encasquetada le tenía todavía encima de sus rodillas.

Nadie en la familia esperaba este regreso, y sin embargo ¡cuánto lo deseaban! Pero la grande y antigua casa lo sabe. Esta noche se advierte un gran bullicio; la madera cruje, se oye murmullo en las galerías y un ligero ruido en todas las paredes; la luna alumbra los corredores con una luz pálida plateada, y en los mas apartados rincones se ve oscilar una vacilante claridad.

El que viera al gato amarillo esta noche quedaria admirado. Se espereza y se lame, extiende sus patitas, endereza alegremente la cola, y al fin se lanza de encima del bufete y corre como una exhalacion por la puerta del aposento al patio. Anda con aire festivo á través de los corredores y pasillos de la casa. En cuantas partes se presenta todo cobra animacion, y todos los geniecillos domésticos que se encuentran necesariamente en un edificio tan antiguo se ponen en movimiento, cruzándose en todas direcciones.

Grisés y fantásticos duendecillos salen por la boca de la estufa y se deslizan de encima de los pupitres del escritorio; barren las escaleras y corredores y dan vueltas en derredor del viejo Pluton, colocado de centinela al lado del criado que duerme, impidiendo así que el enorme perro se entregue en brazos de Morfeo; gruñendo y dando débiles aullidos, tiene la vista fija en el trabajo de aquellos seres misteriosos...

El gato pasa cerca del dormitorio de Sabina y maulla muy bajo de una manera ininteligible; pero el duendecillo que reside en el hueco de la lámpara de Sabina no duerme, sacude la cabeza y murmura:

— No quiero regocijarme; por otra parte en el aposento del negociante no hay ninguna buena disposicion para festejar la llegada del viajero que hace ya mucho tiempo que se alejó de la casa.

Todos los espíritus que habitan allí son orgullosos y reprenden al gato á través del agujero de la cerradura. Pero la pasta no se deja intimidar y lo mismo sucede con todo el resto de la casa.

Encima de la gran balanza hay una numerosa y alegre compañía. Todos los espíritus que hay en la casa, y hay muchos en una tan activa, se encuentran hoy reunidos para una gran fiesta, teniendo en medio al gato, radiante y dándose tono: se relame de gozo, y los mas alegres de la partida trepan hasta el fiel de la balanza, y desde allí hacen gestos y muecas hácia el lado del aposento del principal, y hasta hácia el de Sabina su favorita.

Nadie sabe que volverá, pero la casa se apercibe de

ello, se engalana y abre sus puertas para recibir al amigo que regresa.

Al día siguiente por la tarde, Sabina se encontraba en su *tesorería*, delante de los armarios abiertos; arregla la blanquísima lencería y coloca etiquetas de color de rosa al rededor de distintos números de servilletas. Naturalmente nada sabe y no presiente nada. Su lencería adamascada brilla hoy como el raso y la plata; la tapadera de cristal tallado que quita de encima de la antigua copa de familia suena alegremente como una campana, y sus vibraciones resuenan todavía largo rato dentro del grande armario.

Todas las testas pintadas en las tazas de porcelana tenían en este día un aire excesivamente alegre. El doctor Martin Lutero y el nigromántico Fausto hacen gestos y rien; hasta el poeta Gøthe se muestra risueño, y no se podría expresar bien de cuán buen humor está el anciano Fritz (1).

Todo brilla y todo reluce en los compartimientos de los armarios; cada taza de cristal deja oír un ligero retintín, pero Sabina nada nota; ella, la dueña de la casa, que tan al corriente está de todo, ignora absolutamente lo que saben los geniecillos familiares. ¿Presiente tal vez algo? ¡Calla! está cantando.

Desde hace mucho tiempo ningún alegre acento ha salido de sus labios; pero hoy siente que se le ensancha el corazón, y cuando mira el brillante arsenal de cristal y plata arreglado en la estantería, una parte de este brillo se refleja en su alma, sus labios se agitan, y se oye en la habitacion una dulce cantinela parecida al canto de un pájaro de los bosques, ó á una cancion infantil.

Sabina se traslada súbitamente del armario á la ventana, donde está suspendido el retrato de su madre encima del sillón; mira el retrato con alegría, y canta en presencia de su madre la misma cancion que esta habia cantado en otro tiempo á Sabina cuando era niña meciéndola.

De repente se desliza en el vestíbulo un hombre embozado. En el almacén abierto está Balbus, que dirige ahora el círculo de la gran balanza: mira furtivamente al que pasa, y dice sorprendido:

— Hé ahí uno que se parece algo á Antonio.

Los mozos del almacén están clavando una caja; el de mas edad se vuelve casualmente, suspende por un momento su tarea, y exclama:

— Casi diría que ese es M. Wohlfart.

En el fondo del patio se oye saltar y ladrar á un perro, y Pluton corre fuera de sí al lado de los mozos del almacén; menea la cola, aulla, lame sus manos y cuenta á su manera el extraordinario acontecimiento. Pero los mozos del almacén nada saben, y uno de ellos dice:

— Era un espíritu, ya no se ve nada.

De pronto se abre la puerta del cuarto de Sabina.

— ¿Sois vos, Francisco? preguntó Sabina con voz trecortada.

Nadie contesta. Se vuelve y mira con inquietud y detenimiento á aquel hombre que está en la puerta. Su mano tiembla, se turba, y tiene que apoyarse en el respaldo de una silla; él corre en su auxilio, y en un movimiento apasionado, sin saber lo que hace, se arrodilla al lado del asiento en que Sabina se habia dejado caer, apoyando la cabeza en la mano de la jóven.

Aquel hombre era Antonio. Los dos guardaron silencio. Sabina le miraba prosternado á sus piés como una dulce aparición. Colocó la mano que le quedaba libre en el hombro del jóven. En el cuarto todo continúa brillante, sintiéndose el mismo retintín. La lámpara refleja su claridad sobre los dos jóvenes de la casa de comercio, y el retrato de la madre de familia desde encima del sillón contempla aquel grupo con aire satisfecho.

Ella no le preguntó por qué habia vuelto, ni si se encontraba libre del encanto que le habia arrastrado lejos de sí. Al verle arrodillado á sus plantas y fijándose en la franca mirada de Antonio, que llena de inquietud y de ternura buscaba la suya, comprendió que volvía á la casa, á su lado y al de su hermano.

— Habéis permanecido bastante tiempo en el extranjero, dijo con plañidera voz, pero animando su rostro una sonrisa de felicidad.

— Yo estaba siempre aquí, exclamó Antonio con ardor. En el mismo momento en que me despedía de estas paredes, sabia muy bien que abandonaba todo lo que constituía mi paz y mi felicidad. Ahora un deseo irresistible me arrastra hácia vos, y tengo necesidad de explicaros lo que pasa en mi corazón. Os he venerado como una imagen mientras he vivido á vuestro lado, y aun cuando estaba lejos de vos, he vivido siempre con el pensamiento bajo vuestra égida. Este pensamiento me ha protegido en mi soledad, en medio de mi agitada existencia y cuando me veía rodeado de tentaciones. Os habeis interpuesto para mi salvacion entre otra persona y yo. Frecuentemente he visto vuestros ojos fijos en los míos como en otro tiempo, cuando venía á buscar auxilio á vuestro lado contra mí mismo; frecuentemente vuestra mano se ha levantado para hacerme una señal y precaverme contra el peligro que me amenazaba. Si no he corrido á mi perdicion, á vos, Sabina, lo debo.

Se inclinó de nuevo sobre la mano de esta, que la retuvo y dijo en voz baja:

— Amigo mio, querido amigo, los dos hemos sufrido

(1) Diminutivo de Federico, nombre familiar que se usa para designar el gran Federico II, rey de Prusia.

los mismos sinsabores, hemos soñado, hemos luchado, y gracias á nuestra firmeza, hemos triunfado los dos. ¡Cuánto debeis haber sufrido, amigo mio!

— No, exclamó Antonio, la pena ni la fuerza no han sido iguales. Os he visto y he adorado en el tiempo en que con tranquila firmeza estabais llena de confianza en vos misma. Como un hombre débil, no era dueño de mis deseos. ¡Quién sabe lo que hubiera sido de mí, si vuestro recuerdo no hubiese vivido siempre en mi alma! Lejos de vos, el poder que ejerciais sobre mí ha ido siempre en aumento, y solo pensando en vos he recobrado mi libertad.

— Y ¿cómo sabeis si no me ha sucedido á mí lo mismo? preguntó Sabina con una afectuosa mirada.

— ¡Sabina! exclamó Antonio como arrastrado á su pesar por un irresistible sentimiento; aun en medio de las mas críticas circunstancias, siempre he sentido mi corazón animado por la esperanza.

— ¡Sí, es vuestra honrada fisonomía! exclamó ella. ¡Ah! en vuestro rostro advierto también la huella de esta época azarosa. Hemos oído hablar de vuestras hazañas, aunque en el largo transcurso de un año no hayais tenido para nosotros mas que alguna palabra de atencion.

— ¿Podía yo obrar de otra manera? dijo Antonio con ardor interrumpiéndola.

Sabina hizo una señal de asentimiento.

— ¡Con qué impaciencia aguardaba las noticias que llegaban á nosotros por vuestros confidentes, cuando gozando de seguridad en este recinto, pensaba en el amigo expuesto á toda especie de peligros en medio de encarnizados enemigos! ¡Wohlfart, Wohlfart! soy muy feliz al volveros á ver.

— Otra persona se ha encargado de la propiedad y de velar y proteger á los desgraciados, repuso Antonio.

— Es necesario dar gracias á la divina Providencia, dijo Sabina mirando con la expresion de una pura felicidad al amigo que estaba de regreso.

En la vida uniforme de la casa, habia fomentado durante años enteros una profunda inclinacion hácia Antonio. Desde que se habian separado, sabia que le amaba. Con firmeza y en silencio concentró dentro de sí misma su dolor. Ni su amor ni su resignacion se habian manifestado en la vida regular de la familia.

Apenas habia hecho traicion por un solo movimiento, por una sola mirada á lo que pasaba en su corazón, como convenia á la hija de una casa de comercio, donde el debe y haber de los hombres está inscrito con una fria exactitud en el libro de caja. Ahora, en medio de la satisfaccion de volver á ver al amigo de su corazón, el amor largo tiempo comprimido se abria paso á pesar suyo.

Está radiante de alegría en presencia de Antonio, no pensando mas que en la dicha de volverle á poseer, y en su gozo no se apercibe de que en las pálidas facciones de Antonio está pintado todavía el recuerdo de otro sentimiento.

El la ha encontrado, pero va á perderla para siempre.

Sabina le tiene todavía cogido por la mano, y le conduce por la galería de cristales y el vestíbulo hasta el gabinete despacho de su hermano.

¿Qué haces, Sabina? La casa en que te has criado es buena; pero no es una casa donde se siente prácticamente y donde tienen lugar súbitas emociones, ó donde se abren los brazos para estrechar sobre el corazón al que va á precipitarse en ellos. ¡Es una casa sencilla y tranquila, donde todo se hace de una manera fria y prosaica! ¡Se pregunta y se rehusa en términos breves y precisos, siendo al mismo tiempo esta casa activa y severa! ¡Tú debieras recordarlo! Tu amigo no debe esperar que se le dé tiernamente la bienvenida.

Hé ahí lo que sentía también Sabina, y por lo mismo vaciló un momento antes de abrir la puerta. Pero cediendo á un impulso irresistible, y teniendo siempre cogido á Antonio por la mano, le arrastró á pasar el dintel y con rostro radiante dijo á su hermano:

— Mirale, ya le tenemos aquí otra vez entre nosotros.

El negociante se levantó, pero se detuvo delante de la mesa, y lo primero que dijo con acento glacial y en tono de mando, fueron estas palabras:

— Soltad la mano de mi hermana, señor Wohlfart.

Sabina retrocedió. Antonio se encontró solo en medio del aposento, y miró al negociante con emocion. En un año M. Schröter habia envejecido mucho, su cabello habia encanecido, y su rostro estaba surcado de arrugas.

Era necesario que hubiese sostenido una gran lucha para haberse verificado en él un cambio tan notable.

— Si he llegado hasta aquí corriendo el riesgo de contrariaros, dijo Antonio, esto debe mostraros cuánto era mi deseo de volveros á ver, á vos y á vuestra casa de comercio. Si provoqué en otra ocasion vuestro descontento, no me lo hagais sentir en estas circunstancias.

El negociante se dirigió á su hermana:

— Déjanos, Sabina; lo que debo decir á M. Wohlfart deseo hacerlo sin testigos.

Sabina se colocó muy erguida delante de su hermano, sin pronunciar una sola palabra; y sin dejarse intimidar por su fruncimiento de cejas; fijó en él una mirada tranquila pero enérgica, y luego salió del aposento. El negociante la siguió con una sombría mirada, y volviéndose hácia Antonio, le preguntó:

— ¿Qué es lo que os trae de nuevo aquí, á mi casa, Wohlfart? ¿No habeis encontrado en el castillo lo que soñaba vuestra ardiente y juvenil imaginacion, y volveis ahora á la casa de un plebeyo á buscar una felici-

dad que no podía en otro tiempo satisfacer vuestras pretensiones? Sé que vuestro amigo Fink se ha establecido en casa del baron de Rothsattel. ¿Os ha enviado de nuevo á nuestro lado, porque le estorbábais allí?

La frente de Antonio se anubló.

— Yo no me presento ante vos como un aventurero que busca fortuna. Sois injusto conmigo al expresar una idea semejante, y no me siento en manera alguna dispuesto á sufrirla. Hubo un tiempo en que me juzgábais con mas benevolencia, y en aquel tiempo pensaba al venir á veros. También pienso en el ahora para perdonaros vuestras injuriosas palabras.

— Me dijisteis en otro tiempo, continuó el negociante, que mirábais esta casa como vuestra patria y como vuestra familia, y teníais aquí un puesto preferente, Wohlfart, tanto en el escritorio como en nuestros corazones. Cediendo á un impulso exterior, nos abandonásteis, y yo afligido y con el corazón lacerado también me vi obligado á abandonaros. ¿A qué volveis? Nunca hubiéramos podido miraros como á un extraño, porque os amábamos, y yo en particular os estoy obligado personalmente. Vos no podeis ser ya para nosotros el antiguo amigo, porque habeis rotó violentamente el lazo que nos encadenaba uno á otro. En el momento en que yo menos lo esperaba, me recordásteis que únicamente simples relaciones comerciales os ligaban á mi escritorio. ¿Qué quereis ahora? ¿Pretendeis nuevamente una colocacion en mi casa, ó bien segun las apariencias algo mas?

— Yo no pretendo nada, contestó Antonio vivamente, mas que reconciliarme con vos. Yo no quiero ningun puesto en vuestro escritorio, ni os pido nada. En el mismo momento en que abandoné la propiedad del baron, resolví en mi mente que la primera visita seria para vuestra familia, y la segunda para ir á buscar una colocacion en otra parte. Por mucho que haya perdido en este año, conservo todavía el aprecio que hago de mí mismo, y si hubiérais venido á mi encuentro animado por el mismo sentimiento de afecto que me conducía á vuestra presencia, lo primero que os hubiera dicho es lo que deseais saber. Ya sé que no puedo permanecer aquí; me he convencido ya de ello en el extranjero, cuantas veces me he acordado de esta casa. Desde el momento en que he pisado nuevamente estos umbrales y he vuelto á ver á vuestra hermana, comprendo que no puedo quedarme aquí sin proceder con poca delicadeza.

El negociante se acercó á la ventana y miró silenciosamente la oscuridad de la noche. Cuando se volvió había desaparecido la dureza de su fisonomía y examinó á Antonio con aire escrutador.

— Hé ahí, Wohlfart, dijo al fin, un noble modo de expresarse, y me complazco en creer que vuestras palabras están acordes con vuestras ideas. Yo debo manifestaros francamente que todavía estoy incomodado por vuestra partida. Yo os conocía como un hombre de cierta edad puede conocer á otro mas jóven. A mi vista, y bajo mi direccion os habíais formado en mi escritorio; yo podía fiar en la pureza de vuestros sentimientos, y sabía que vuestro corazón no abrigaba ningun mal pensamiento, ninguna aviesa inclinacion. Ahora, querido Wohlfart, sois para mí una persona desconocida. Dispensadme que os hable así. Un deseo impetuoso os ha hecho contraer relaciones que, despues de todo lo que he sabido, no pueden menos de ejercer una funesta influencia. Habeis estado encargado de la administracion de un patrimonio arruinado, en un pais en que las conciencias son generalmente menos escrupulosas que entre nosotros, y donde las relaciones sociales están establecidas con menos solidez. Habeis sido el confidente de un hombre que en su bancarrota puede haber conservado ciertas cualidades de hombre honrado, pero que, en sus negocios con gente de mala fe, ha perdido lo que en mi casa se llama honor. Yo quiero admitir que vuestra probidad se ha resistido á practicar en ese castillo ninguna cosa contraria á vuestros principios. Pero Wohlfart, os repito ahora lo que os dije otra vez: las relaciones seguidas con hombres débiles ó perversos ponen también en peligro al hombre honrado. Poco á poco y sin que él lo advierta, acepta lo que otro, en una posicion asegurada, rechaza lejos de sí, y la imperiosa necesidad le obliga á suscribir á medidas que en otras circunstancias hubiera rehusado sin vacilar. Estoy convencido de que vos habeis continuado siendo lo que el mundo llama un delicado hombre de negocios; pero en cuanto á la pura rigidez del honor comercial, que desgraciadamente entre muchos de nuestros cofrades se califica de pedantería, ignoro si la habeis conservado intacta. Si en este momento en que vuelvo á veros despues de una larga separacion puedo ponerla en duda, y si me veo precisado á deciroslo, podeis pensar cuán penosa se me hace esta entrevista.

Antonio se puso pálido, blanco como el pañuelo que tenia en la mano, y sus labios temblaban cuando contestó:

— ¡Basta, señor Schröter! Diciéndome en este momento todo lo mas amargo que se puede decir á un hombre, me convengo que he hecho muy mal en volver á poner los piés en vuestra casa. Sí, teneis razon; durante todo el curso del año que he pasado lejos de vos, he tenido siempre el pesar de que el peligro de que hablais se cerniera sobre mi cabeza. Lo que me abrumaba con su peso como una gran desgracia, era la conviccion de que los negocios en que me interesaba no me permitian respetar al hombre á quien habia ofrecido mis servicios. Pero puedo responderos, con no menos altivez que vos, que la pureza del hombre que lucha angustiosamente contra la tentacion tiene gran valor;

y que si alguna cosa he salvado de un año lleno de contrariedades y amarguras, es precisamente el orgullo de haber sufrido yo mismo una prueba y de no haber obrado como un niño, por instinto y por hábito, sino como un hombre de principios fijos. He ganado en este año un aplomo que no tenia en otro tiempo; y como he aprendido á respetarme á mí mismo, os digo ahora que no comprendo vuestra duda, pero desde que la habeis manifestado, considero roto el lazo que hasta en el extranjero me unia á vos y á vuestra familia. Salgo de vuestra casa para no volver jamás á pisar sus umbrales. Adios, señor Schröter.

Antonio se disponia á partir. El negociante le detuvo, y apoyó su mano en el hombro del jóven.

— No obreis con tanta precipitacion, Wohlfart, dijo el negociante enternecido. El hombre que ha desviado de mi cabeza el sable polaco no debe salir de mi casa enojado y lleno el corazón de amargura.

— Es inútil que recordeis en este momento lo que ya pasó, dijo Antonio, porque no soy yo, sino vos el que acaba de llenarme de pena y de dolor. Sois vos quien ha destruido el lazo que nos unia.

— No, Wohlfart, dijo el negociante, si os he ofendido con mis palabras mas de lo que hubiera deseado, es menester perdonarlo á mi edad y á un corazón que ha pasado años llenos de inquietud y de cuidados, no siendo el menor de ellos lo que he sufrido por vos. No volvemos á vernos los dos en la misma disposicion que al separarnos, y cuando dos hombres abrigan en su corazón algun resentimiento deben manifestárselo francamente á la primera ocasion que se presenta, para que sus relaciones sean claras y cordiales. Si os apreciara menos, no os hubiera manifestado mis escrúpulos, y mi recibimiento hubiera sido mas cortés. Ahora os doy la bienvenida. Estrechad mi mano.

Antonio colocó la suya en la del negociante y se despidió.

Pero este retuvo la mano de Antonio, y le dijo sonriendo:

— No os vayais con tanta precipitacion, yo no os dejo salir de ese modo. Acordaos de que es vuestro superior en edad el que os ruega ahora que os quedeis, añadió con seriedad al ver que Antonio se dirigia siempre á la puerta.

— Puesto que lo deseais, permaneceré aquí esta noche, señor Schröter, dijo Antonio con dignidad.

El negociante le condujo cerca del sofá.

— He oido hablar con frecuencia de vuestras aventuras y quisiera saberlo todo por vuestra boca y de una manera mas detallada. Vos también creo que os interesareis por todo lo que ha ocurrido aquí durante vuestra ausencia. Hablemos primero de nosotros.

Le refirió en seguida todo lo que se habia hecho en la casa de comercio. No era por cierto un cuadro muy halagüeño el que puso ante la vista de Antonio; su relacion ahuyentó en parte del corazón de este la frialdad que se habia amparado de él á consecuencia de la dura recepcion de su principal, y comprendió la gran muestra de confianza que este le daba poniéndole al corriente de lo ocurrido.

M. Schröter le confió muchas cosas que el negociante comunica raras veces á sus amigos íntimos, á saber, todos los negocios importantes, las exiguas ganancias y las grandes pérdidas del año precedente.

Poco á poco la paz y un brillo de satisfaccion reinaron nuevamente en la casa; los buenos genios domésticos que, asustados por la conversacion de aquellos dos hombres, se habian refugiado todos en los nidos de las ratas, sacaron entonces la cabeza con arrogancia por las rendijas del aposento, y los que estaban ocultos bajo el gran libro de la casa empezaron á explayarse unos con otros.

Insensiblemente Antonio se encontró de nuevo al corriente de los negocios de M. Schröter; las diversas fluctuaciones, las altas y bajas del año volvieron á presentarse ante su imaginacion.

Su pálido rostro recobró el color, brilló el fuego de su mirada, y se puso involuntariamente á hablar de los negocios de la casa como si formara parte todavía de ella. Entonces M. Schröter le tendió otra vez la mano con sombría sonrisa; Antonio la estrechó cordialmente y la reconciliacion quedó consumada.

— Ahora, querido Wohlfart, hablemos de vos, continuó el negociante. En cierta ocasion me hicisteis sobre vuestros proyectos en favor del baron confianzas que yo rechacé entonces con impaciencia; hoy os ruego que me participeis todo lo que os sea lícitamente permitido.

Antonio refirió entonces lo que no era un misterio. M. Schröter escuchó con grande atencion todo lo que Antonio le participó sobre los negocios del baron y sobre sus propios trabajos. Antonio habló con alguna reserva, porque su orgullo se rebelaba en secreto contra aquellas investigaciones. Pero lo que le dijo al negociante bastó, sin embargo, para inspirar á este último mas confianza.

— Permitidme que os hable también de vuestro porvenir, dijo finalmente el negociante levantándose de su asiento. Despues de lo que acabais de decirme, yo no os invitaré á volver inmediatamente á mi escritorio, aun cuando vuestro auxilio en la actualidad me hubiera sido muy agradable, pero os ruego que dejeis á mi cuidado el facilitaros una posicion que os conviene. Entre los dos examinaremos esto detenidamente con la imaginacion tranquila y despejada. Entre tanto permaneceréis con nosotros algunas semanas. Vuestro aposento está desocupado, nada en él ha sufrido variacion. Por otra parte, segun decis, teneis que cumplir con obligaciones que os ocuparán algunos meses. Si durante

vuestros ratos de ocio quereis ayudarme en el escritorio os quedaré por ello muy reconocido. En cuanto á las relaciones con vuestra casa, continuó en tono mas grave, confío enteramente en vos. Siento la necesidad de daros una prueba de esa confianza, y por esto os hago la anterior proposicion.

Antonio permaneció silencioso y con la mirada fija.

— Yo no os pido nada difícil, dijo el negociante. Conoceis la marcha de nuestro establecimiento. Es necesario algunas veces aguardar largo tiempo para tener ocasion de hablar en familia. Por Sabina y por vos, deseo que vivais algunas semanas á la antigua usanza, y que cuando llegue el momento os sepáreis tranquilamente. Wohlfart, lo deseo muy particularmente por mi hermana, añadió con aire franco y ademan tranquilo.

— En ese caso, dijo Antonio, me quedaré.

Entre tanto Sabina inquieta iba y venia de un lado á otro de su habitacion y aplicaba el oido procurando oír algunas palabras de la conversacion sostenida en el cuarto de su hermano. En este dia aun cuando la asaltaron tristes pensamientos, procuraba desvanecerlos con insistencia.

El fuego chispeaba y oia el tic tac del reló, y la leña de abeto crujió alegremente en la estufa haciendo un ruido extraordinario. Ligeros chasquidos de gozo se elevaban sin cesar en medio de la llama, y las chispas saltaban á través de la boca de la estufa hasta el centro de la sala. No podia entristecerse ni darse tortura, porque el tic tac del reló agitaba sus pensamientos y le decía: «¡Ha vuelto; está ahí!»

Se abrió la puerta y la parienta entró precipitadamente.

— ¿Qué he sabido? exclamó la tia de Sabina. ¿Es posible? Francisco supone que Wohlfart está en el cuarto de tu hermano.

— Sí, está allí, dijo Sabina inclinando la vista al suelo.

— ¿Qué significa, pues esa conducta misteriosa? continuó la parienta con despecho. ¿Por qué Trangott no nos le presenta? ¿Y todavía no hay nada arreglado en su aposento! ¿Cómo puedes permanecer tú aquí tan tranquila, Sabina? A fe mia que no te comprendo.

— Aguárdo, dijo Sabina en voz baja; y estrechó sus dos manos fuertemente porque estaba temblando.

De pronto se oyeron pasos de hombre que se acercaban al aposento: el negociante entró con Antonio, y desde la puerta gritó:

— Aquí está nuestro héroe.

Y cuando Antonio y la parienta se saludaron amigablemente, Schröter dijo:

— M. Wohlfart permanecerá algunas semanas entre nosotros, hasta que haya encontrado una colocacion cual yo la deseo.

La parienta oyó esta resolucion con sorpresa, y Sabina arregló las tazas para ocultar su turbacion. Ni uno ni otra se permitieron demostracion alguna, y la animada conversacion que se entabló durante la cena ahogó la agitacion que dominaba á los circunstantes. Cada cual tenia mucho que preguntar y que contar, porque para todos el año que acababa de transcurrir estaba lleno de acontecimientos.

En el continente de Antonio se notaba indudablemente una visible afectacion cuando hablaba de su vida en el pais extranjero, de Fink y de la colonia alemana que se habia establecido en el castillo.

Sabina escuchaba esta narracion con la cabeza baja, pero M. Schröter estaba cada vez mas alegre, y cuando Antonio se levantó para retirarse á su cuarto, se veia casi en la fisonomía del negociante la benévola sonrisa de otros tiempos; sacudió fuertemente la mano de Antonio y dijo riendo:

— Dormid bien y parad atencion en lo que soñeis la primera noche, porque suponen que esos sueños se realizan:

Y cuando Antonio se alejó, el negociante condujo á Sabina á la sombría pieza inmediata, la besó en la frente y le dijo muy bajo al oido:

— No ha dejado de ser honrado; lo espero en el fondo de mi alma.

Cuando volvió con ella á la habitacion iluminada, dos lágrimas brillaban en sus ojos, y se puso á altercar con la tia á causa de su secreta predileccion por Antonio; así es que la buena señora acabó por juntar las manos y exclamar:

— ¡Está hoy muy poco razonable!

Fatigado, atormentado, Antonio se echó encima de su cama; y su porvenir se le presentaba privado de goces, y su corazón se sentia oprimido pensando en los amargos momentos que habia pasado aquella noche y en la lucha que le esperaba próximamente.

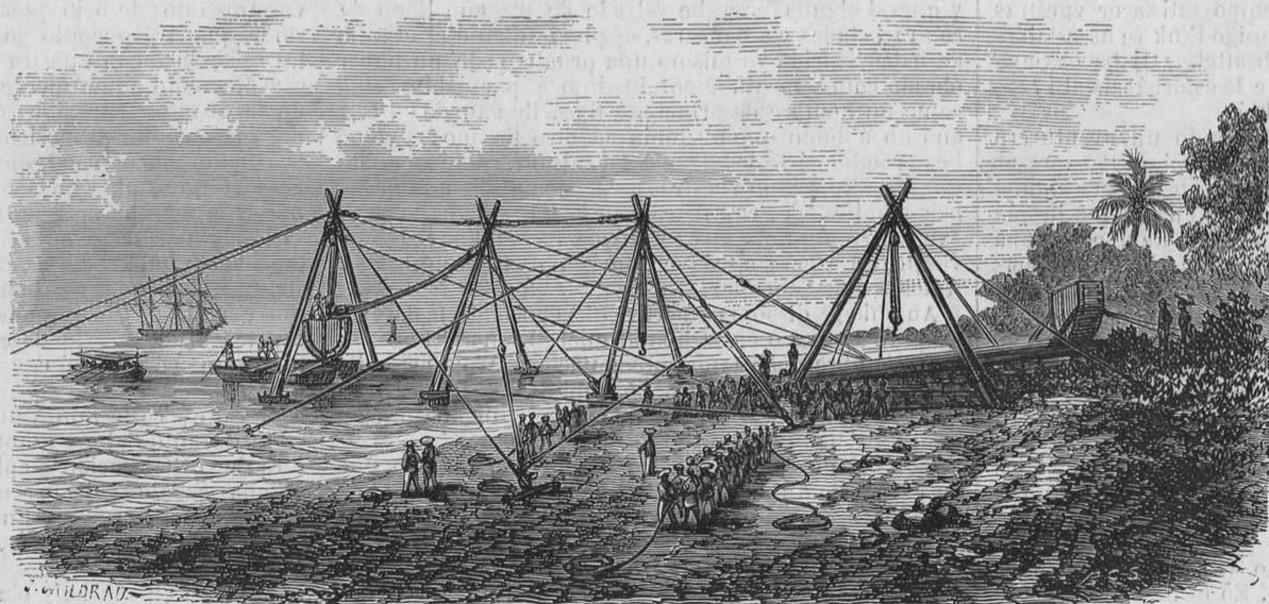
Sin embargo, muy pronto se rindió á un sueño tranquilo, y en la antigua morada patricia todo quedó en silencio. No era una morada á propósito para una gran exaltacion y una pasion ardiente; pero sí una buena casa tranquila, que ofrecia un asilo seguro á todos los que reposaban dentro de sus paredes.

Los geniecillos domésticos estuvieron todavía muy acaareados; corrian de un lado á otro cuchicheando y riendo; se repitió por todos los ángulos la noticia de que el hijo mimado de la casa habia vuelto, y el gato desde su pedestal miró con orgullo á Antonio dormido, levantó solemnemente su hermosa cola, y dejó oír toda la noche su alegre ron ron.

Al dia siguiente, Antonio se presentó en casa de Ehrenthal. El enfermo no estuvo visible para él, y las señoras le recibieron de una manera tan hostil que juzgó mas prudente no decirles el objeto de su visita. Hizo

pues, significar al abogado de Ehrenthal por su asesor Horn, que habia veinte mil escudos prontos á ser entregados en el acto para hacer cesar las demandas de Ehrenthal respectivamente á esta suma; que en cuanto á las otras reclamaciones, que... sin razon... habia entablado contra el baron, se someterian á la decision de los tribunales.

El abogado del acreedor rehusó aceptar aquella suma. En seguida Antonio hizo las gestiones necesarias cerca del tribunal para que se obligara á Ehrenthal á aceptarla y á que renunciase á las otras pretensiones.



Establecimientos franceses del Gabon. — Desembarque de las piezas de la cañonera *el Obus*.

Al anoecer se puso un traje algo usado y se trasladó al paso precipitado de un hombre de negocios á la casa de Lœvel Pinkus. Miró por la ventana á la pequeña sala del figon. Encontró al digno Pinkus detrás de su mostrador y le hizo una pregunta concisa á estilo de comercio.

— M. T. O. Schrœter me envia á preguntar si Schmeie Tinkels ha vuelto de Brody, ó si se le espera. Le ruego por mi conducto que pase á su casa lo mas pronto posible para un asunto comercial.

Pinkus contestó prudentemente que Tinkels no estaba en la casa y que no sabia cuán-



La cañonera *el Obus* botada al agua.

do debia volver. Algunas veces Tinkels paraba en su casa y otras veces no, lo que hacia dificil encontrarle, pero que por lo demás haria la comision si veia al sujeto.

A la mañana siguiente el criado abrió la puerta del cuarto de Antonio, y Schmeie Tinkels entró en el aposento.

— Sed bien venido, Tinkels, dijo Antonio saliéndole al encuentro, y miró con maliciosa sonrisa al hombre del castan.

El traficante judic experimentó una gran sorpresa al verse en presencia de Antonio. Una ligera sombra oscureció su astuta fisonomía, y su inquietud interior se traslució en el cambio rápido que se notó en sus facciones, mientras procuraba expresar su alegría por haber vuelto á ver á Antonio.

— ¡Milagro del cielo, os encuentro vivo! frecuentemente he preguntado por vos en la casa de M. Schrœter y jamás he podido saber á dónde habiais ido. Siempre he tenido una complacencia en tratar con vos; hemos concertado entre los dos mas de un buen negocio.

— Tambien nos hemos hecho la guerra, Tinkels, dijo Antonio.

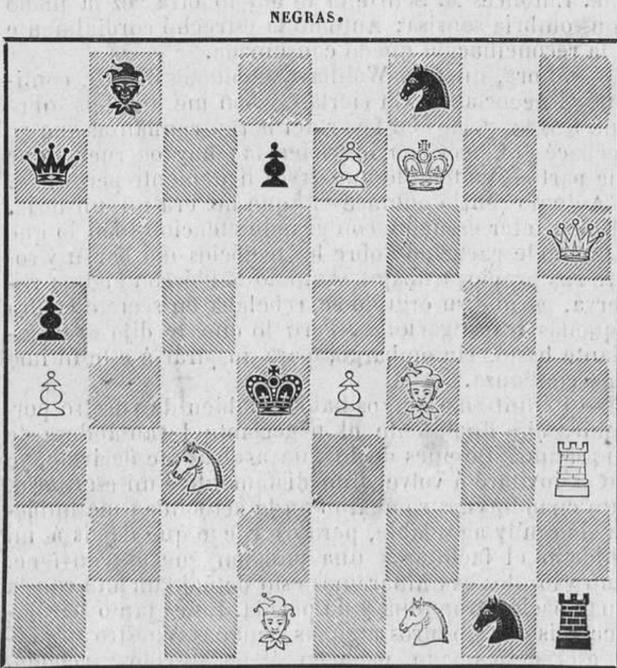
— Era un mal negocio, dijo Tinkels procurando distraer la conversacion; está todo muy malo para el comercio en el dia, la yerba crece en los caminos. Ha sido una época fatal para el pais. El hombre mas sólidamente establecido, al acostarse no sabia si tendria al dia siguiente piernas para levantarse.

— No obstante, vos habeis pasado por eso, Tinkels, y creo que los tiempos no han sido tan malos para vos; sentaos ahí, que tengo que hablaros.

(Se continuará.)

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 282, POR M. X Y Z.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

La cañonera francesa *el Obus*,

BOTADA AL AGUA EN EL GABON.

La cañonera *el Obus*, construida en Francia y enviada á piezas á los establecimientos del Africa occidental, ha sido armada y botada al mar en el Gabon. Es la primera vez que una obra tan considerable se lleva á efecto en tan apartadas regiones. Por esto el hecho tiene su importancia, pues demuestra los progresos de la instalacion en un punto tan interesante para el comercio marítimo.

Los dos dibujos que reproducimos nos han sido enviados del Gabon y representan dos episodios de la obra, á saber: el transporte de las piezas de la cañonera á la forma de reconstruccion, y la operacion de botar el buque al agua. P. P.

(1) Solucion del número 281.

- 1 R 1ª CRª P 5ª Rª
- 2 A 1ª ARª A 5ª AR
- 3 P toma PAR R toma C
- 4 P 5ª AR jaque-mate.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil